

Reseñas

BESIER, Gerhard (con la colaboración de Katarzyna STOKLOSA): *Das Europa der Diktaturen. Eine neue Geschichte des 20. Jahrhunderts*, Munich, Deutsche Verlags-Anstalt, 2006, 879 pp.

Una nueva historia del siglo XX europeo, concebida como análisis comparado de las muchas dictaduras que lo han recorrido –costosas en vidas y obstáculo al avance democrático–, es lo que se ofrece a los lectores en este volumen compacto, escrito con rigor y extrema exactitud. El rechazo de la democracia como sistema político y como marco de ideas, la pugna permanente de los gestores públicos de los países en que las dictaduras encuentran la ocasión de hacer frente al juego democrático, constituyen el hilo conductor que gobierna este libro en su totalidad. Son en conjunto muchas y densas páginas, más de ochocientas, pensadas y resueltas desde una posición activa y vigilante en cuanto al comportamiento actual de las democracias, con la mira puesta en su futuro y posibilidades.

Su autor principal, Gerhard Besier (que ha contado con la ayuda de su colaboradora Katarzyna Stoklosa), es desde 2003 director del Hannah Arendt Institut für Totalitarismus Forschung en la Politécnica de Dresden, historiador, teólogo y psicólogo, y se ha ocupado en momentos anteriores, entre otras cosas, de la fascinación ejercida por el totalitarismo nazi sobre determinados ámbitos religiosos. Ha enseñado en Cracovia, Berlín y Heidelberg. Una perspectiva biográfica la suya, que nos hace esperar la proyección moral y cultural que, ciertamente, este libro conlleva.

Arrancando del periodo de entreguerras y los efectos de la primera contienda sobre los distintos países europeos, entre la revolución y la contrarrevolución, se valoran aquí las escasas posibilidades con que contó la democracia hasta llegar a la segunda guerra mundial, preámbulo que introduce al lector en el cuerpo principal del texto. La proyección argumental, a partir de ahí, le conduce no sólo por los aspectos políticos y diplomáticos de la historia de Europa en aquellos años decisivos, sino por las tradiciones culturales y pautas de mentalidad que se habrían opuesto (y aún se opondrían largo tiempo), sistemáticamente, al desarrollo pleno de las democracias.

La clara integración de unos y otros aspectos, los políticos y los culturales, es a mi entender uno de los valores principales que este libro nos muestra ya desde su inicio. Conceptualmente sólido, eligiendo la brevedad analítica sobre la descripción accidental, los estados nacionales resultantes de la I Guerra Mundial y sus revoluciones respectivas son revisados en una especie de caleidoscopio, difícil de encontrar en otros textos de pretensiones similares: desde Rusia y los estados bálticos o Hungría, a la Italia de Mussolini y la Alemania de Weimar, la república austriaca y Polonia, Portugal, España, Grecia, Yugoslavia, Rumanía, Bulgaria o Albania, todos los “casos” son analizados a la luz de la tensión constante entre autoritarismo, comunismo, fascismos y nacionalsocialismo, diferenciados los modelos y, a la vez, en permanente interrelación.

La segunda parte del volumen, la más extensa y principal, arranca del final de la II Guerra Mundial para llegar hasta las transformaciones que habrían de ser producto de 1989, el pórtico de lo que existe hoy. Los distintos despliegues del modelo soviético, la brutal imposición del totalitarismo de izquierdas en función del reparto de la guerra fría, y los intentos de los países del área de escapar al socialismo real constituyen, por tanto, los pilares del texto. Proporcionando un pormenorizado repaso por la historia de la URSS, Polonia, Checoslovaquia, Rumanía, Bulgaria, Hungría, la RDA, Yugoslavia y Albania, hasta el final de la “era de Stalin”, la información más relevante aparece perfectamente estructurada y valorada. A partir de ese punto, se siguen sistematizadamente los cambios sucedidos hasta llegar a Putin, con las transformaciones en curso del puzzle de la Europa central y sur-oriental.

La discusión en torno a los conceptos de religión política, totalitarismo y dictadura de tipo moderno recibe atención clarificadora al final del texto, en unas pocas páginas de importancia también para el análisis cultural y la historia intelectual. Merece igualmente destacarse la bibliografía, muy abundante y completa, aunque como es lógico predominantemente en alemán. Un magnífico manual, en consecuencia, que incorpora la atención especial que hoy requiere, desde nuestra perspectiva europea, el estudio de los antiguos países del bloque soviético.

Elena HERNÁNDEZ SANDOICA

BERNECKER, Walther L. y MAIHOLD, Günther (Eds.): *España: del consenso a la polarización. Cambios en la democracia española*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2007, 446 pp.

El título de este libro colectivo, producto de un encuentro que bajo el mismo nombre se realizó en Berlín a finales de marzo de 2004, refleja bien la preocupación que lo inspiró en su día. Los organizadores del seminario, que contaban con la ayuda del Ministerio de Cultura alemán y de la Fundación Fritz Thyssen, convocaron a una serie de expertos españoles y alemanes en el Instituto Alemán de Política Internacional y Seguridad SWP para debatir sobre la quiebra del consenso en España, a raíz del cambio de gobierno que siguió a los atentados del 11-M. Se preguntaban cuál es exactamente el momento en qué ello sucedió, cómo se ha ido produciendo hasta hoy la polarización resultante, y si ese cambio puede considerarse estructural (no solo “gresca”, pues, sino alteración en la naturaleza de nuestra democracia). A pesar de la velocidad arrasadora que rige la vigencia de los análisis volcados en historia del presente, los textos aquí reunidos sitúan lúcidamente ante el lector las formas y procedimientos por los que ese, al parecer imparable, péndulo de crispaciones, quejas y reproches que llevan al disenso entre los dos mayores partidos un día tras otro, parece dispuesto a gobernar el futuro inmediato.

La preocupada inquietud del historiador Bernecker y el politólogo Maihold (subdirector del SWP), ambos responsables de la compilación que acaba de editar en español Vervuert, no puede ser más oportuna, aunque se recuerde convenientemente aquí, en varios momentos y lugares, que una situación parecida se vivió a finales

de la década de los noventa ya. “*La sociedad vive un nivel de polarización política continua*”, escriben en la introducción los editores, una suma extraordinaria de divergencias “*que no permite la comparación con los tiempos de consenso de la transición a la democracia*”. Confrontación, crispación, polarización..., son pues los términos y conceptos reiterados que, al igual que sucede en nuestra vida política actual, recorren y articulan estas casi cuatrocientas cincuenta páginas, mostrando a su vez las esperables discrepancias –de opinión y de interpretación– entre los propios autores, sus matices y vericuetos.

Atravesando todo el espectro de la política, los respectivos autores de los trabajos aquí recogidos (no todos los que se debatieron en Berlín, como suele ocurrir) han tratado de resolver la pregunta candente de si hay realmente algo que escape a esa tensión que ha venido a instalarse, si alguna zona de la vida pública –como debería ser en principio la política exterior– alberga aún en la España de nuestros días cierto margen de posibilidad de verse independizada de la estrategia partidista. De quedar preservada del vaivén político de los partidos, de esa tarea disgregadora que ha hecho a los españoles variar –eso al menos sostienen, quienes aquí se ocupan del asunto– su propia percepción colectiva en cuanto al nexo entre pasado y presente. Y la respuesta dada, pesimista y negativa en su conjunto, afecta y se remite invariablemente al ámbito de la política interior, espacio electoral donde se juega todo.

Cuatro apartados componen el volumen: 1. *El nuevo papel de España en política exterior*; de Aznar a Zapatero; 2. *La redefinición de la autopercepción española*; 3. *La política interior*, y 4. *La polarización política en la lucha por los espacios públicos*. Dentro de los diversos bloques se agrupan las colaboraciones. Empezando su noticia por este último apartado (el cuarto), Carlos Collado y Antonio Duato se ocupan de analizar la postura de la Iglesia española; de la crispación y la polarización política propiamente dichas lo hacen, en sendos trabajos, Carlos Martínez y Günther Maihold, y de la búsqueda de un nuevo papel político por parte del PP, el hispanista inglés Sebastian Balfour.

En cuanto a la política interior (apartado tercero), nos encontramos con un artículo a propósito del lugar creciente que ocupa la inmigración, mientras que otros tres textos abordan el debate territorial, el modelo de estado y el equilibrio entre poder central y poder autonómico. Axel Kreienbrink atiende a su vez al nuevo juego relativo, que oscila en este caso entre el consenso y el enfrentamiento político abierto, permitido por el asunto de la integración social de los inmigrantes, en tanto que Ludger Mees, Xosé M. Núñez-Seixas, además de Klaus-Jürgen Nagel y Ferrán Requejo en un artículo conjunto, ofrecen por su parte tres visiones, desde diversos ángulos, del problema de la articulación estatal.

El segundo de los apartados trata de la “autopercepción” de la transformación experimentada por los ciudadanos, y del importante lugar que en el cambio en cuanto a expectativas de convivencia ocupa el terrorismo. Analizan su instrumentación Rogelio Alonso y Andreas Baumer, mientras que Alberto Reig repasa los recientes debates sobre el pasado y sus implicaciones de presente. Dos artículos más, que vienen a completar la perspectiva de esa proyección (a medio camino entre política y cultura), corren a cargo respectivamente de Ulrich Winter, que escribe sobre la política cultural de la última legislatura (2000-2006), y Sören Brinkmann, que lo hace a su vez sobre la “memoria histórica”, con tan oscilante papel en la política actual como sabemos.

El primero de los apartados contiene por fin los textos más optimistas, tanto de objeto como de enfoque –y por ello lo hemos dejado para el final. Comienza con un artículo de Angel Viñas sobre España y la unificación europea y otro de Walther Bernecker, sobre la “relación cambiante” que une España a la UE. Por su parte, las relaciones con América, tanto del Norte como del Sur, corren a cargo de Carlos Malamud y Susanne Gratius, en trabajos complementarios. Y finalmente, Eduard Soler se ocupa de la política mediterránea de nuestro país, definida y acentuada desde 1995 en Barcelona. Atraída la concepción socialista de la inserción internacional por esta dimensión (que es a la vez histórica y de presencia urgente), y encuadrándose su opción mediterránea en una política de refuerzo europeo, opina en su trabajo Susanne Gratius que, en el giro europeísta y su consiguiente alejamiento de los Estados Unidos, que inauguró el presidente Rodríguez Zapatero al retirar las tropas de Irak, puede leerse, más que un cambio fundamental de orientación en nuestra política exterior, un repliegue de tipo tradicional, una redirección hacia lo preexistente en materia de relaciones bilaterales hispano-norteamericanas. El incremento del papel español en ciertos países de América Latina, ciertamente, reforzaría esa decisión.

En cualquier caso, el punto central de este volumen no es el examen pormenorizado de esa política exterior, tan abierta como incierta. Sino, claro está, el papel del terrorismo de ETA en la quiebra del consenso y la escalada de la crispación, junto con la falta persistente de voluntad de los grandes partidos para lograr acuerdos en la política antiterrorista: “*Vale recordar*” sin embargo, puede leerse en la introducción, “*que una sociedad solo tiene la capacidad de enfrentarse efectivamente a un peligro terrorista si los diversos grupos de interés encuentran una posición única y común frente a los terroristas*”.

Se hace hincapié también aquí en la manera por la que, junto a la honda grieta que produce la desaparición del consenso anterior, la operación de revisionismo en curso sobre la dictadura del general Franco ha abierto una dura línea de “relegitimación” de la proyección radical tradicional del conservadurismo sociológico español. El debate sobre la “memoria histórica” sería solo una pieza de ese temerario conflicto abierto, y no siempre su tratamiento práctico (como ha sucedido con la devolución documental de Salamanca, sus dilaciones y sus ambigüedades) se revelaría eficaz en cuanto a la resolución de los problemas. Cantera constante de conflictos, a la que contribuyen los cruces obligados entre poder central y poderes locales, la articulación del Estado de las Autonomías, lejos de conducir a la armonía, habría derivado en la agria disputa por los espacios públicos entre PP y PSOE, reproduciendo a escala múltiple la principal confrontación. Los medios de comunicación, como es sabido, junto con más de una resolución del poder judicial y muchas de las intervenciones episcopales, azuzarían más que calmar –que sería lo esperable–, la áspera confrontación de los partidos mayoritarios. ¿Hasta dónde y hasta cuándo?, se pregunta Günther Maihold en su texto (pp.406-7): “*En última instancia dependerá de los mismos electores, hasta cuándo estén dispuestos a aceptar la continuidad de una crispación que no le ayuda mucho al país para resolver los problemas del presente y del futuro.*”

La madeja de imbricaciones de aquella antinomia, sus repercusiones sobre el estado de salud de nuestra democracia, se analizan en este libro colectivo desde distintas ópticas, en una perspectiva plural que lo convierte en muy recomendable. Y

ello a pesar de que las situaciones de polarización, como recuerda Carlos Martínez, no favorecen la neutralidad en el análisis. El espacio físico y académico en que se desarrolló la reflexión conjunta –lejos de nuestro suelo, en otro país...–, contribuye a la claridad de las exposiciones y las posturas, no dando por supuestas las pautas cotidianas de nuestra información como ciudadanos, ni refugiándose los autores en elipsis o sobreentendidos.

Así, además del interés cívico que reviste este volumen, un valor indiscutible, cuenta con el componente añadido de ser un texto muy apropiado para enseñar y discutir con los estudiantes (tanto de grado como de posgrado, y tanto españoles como extranjeros) la historia del presente, de *nuestro* presente, aquí y ahora.

Elena HERNÁNDEZ SANDOICA

TATEISHI, Hirotaka: *Percepciones y representaciones del otro: España-Magreb-Asia en los siglos XIX y XX*. Tokyo, Tokyo University of Foreign Studies, 2006, pp. 204.

Bajo el título de *Percepciones y representaciones del Otro: España-Magreb-Asia en los siglos XIX y XX*, se reúnen diez artículos de autores que han investigado sobre esa problemática.

La primera parte: *España vs. Magreb*, está integrada por seis artículos relacionados con las percepciones del otro entre España y Magreb. El Prof. Eloy Martín Corrales aporta dos artículos, el primero titulado “Del *moro* invasor al inmigrante magrebí: la terrible imagen del moro y del musulmán forjada en España en los últimos catorce siglos”, nos habla de las imágenes creadas por los españoles en cada época histórica; el segundo, “*Viajeros catalanes por el litoral norteafricano (siglos XIX y XX)*”, desmitifica la mirada anticolonial de Cataluña frente a la colonial de Castilla. El Prof. Abdellah Djbilou también aporta dos artículos. El primero “*España vista desde Marruecos*” nos habla de las imágenes de España percibidas por los escritores e intelectuales marroquíes durante la época contemporánea, el segundo “*Oriente, Marruecos en la visión del Modernismo y de la Generación del 98*” nos explica la intimidad que sentían los poetas modernistas con respecto a Marruecos. El Prof. Yasuhiro Fukasawa con el título de “*El nuevo encuentro hispano-marroquí en el siglo XX: ¿‘Moros amigos’ y/o ‘Moros malos’?*” nos explica la transformación de la imagen del moro, de amigo a “malo” y viceversa, según fuese la política colonial de España en Marruecos. El último artículo de esta primera parte es del Prof. Emérito Alberto Gil Novales sobre “*El africanismo de Gonzalo de Reparaz*”.

En la segunda parte de este libro: *España vs. Asia*, se incluyen cuatro artículos que tratan de las percepciones y representaciones del Otro sobre Asia por parte de los españoles en la época contemporánea. El Prof. Gil Novales a través del “*Orientalismo de Sinibaldo de Mas*” analiza la visión “neutral” de España frente a las potencias europeas que penetraban en Asia. Los tres artículos restantes son del Prof. Martín Corrales, Marina Muñoz Torreblanca y Enric Donate Sánchez. El Prof. Martín Corrales, con el artículo titulado “*Sudeste Asiático en el cine español: un siglo para descubrir Asia y a los asiáticos*”, nos relata cómo se representó Asia y a

los asiáticos en el cine español durante cien años. El artículo de Marina Muñoz Torreblanca “*La presencia de Japón en la Exposición Universal de Barcelona de 1888 a través de la prensa*” trata de reproducir las imágenes que surgieron en Barcelona sobre Japón con ocasión de la Exposición Universal. El artículo de Enric Donate Sánchez “*Las misiones españolas en la India: desarrollo y cambio de la actitud misionera en la primera mitad del siglo XX*” expone el desarrollo de la acción misionera de España en la India, y el cambio de actitud de los misioneros al entrar en contacto con una realidad social tan heterogénea.

Julia MORENO GARCÍA

RODRIGO Y ALHARILLA, Martín (Ed.): *Cuba: de Colonia a República*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, pp. 348.

Este libro analiza la construcción de una identidad nacional cubana, las consecuencias derivadas del fin de la esclavitud, en sus múltiples dimensiones (la transición al trabajo asalariado, la conquista de derechos civiles y políticos de los antiguos esclavos, las formas ocultas de discriminación,...), las continuidades y discontinuidades en la estructura socioeconómica del país, el peso del legado español y de la herencia norteamericana en la nueva República.

El contenido del libro está estructurado en cuatro bloques. El primero de ellos está dedicado a la *Nación, Cultura y Sociedad cubanas* con cuatro ensayos diferentes. El primero, obra de Consuelo Naranjo, ofrece un análisis del sustrato cultural que sostuvo, tras la emancipación española y la ocupación norteamericana, el proceso de construcción y de afirmación de una identidad nacional en Cuba. Oscar Zanetti analiza la producción historiográfica cubana a partir de 1899 y su aportación a la construcción de la nación cubana. El texto de José María Aguilera se centra en la dimensión política de las obras literarias de algunos intelectuales cubanos del segundo cuarto del siglo XIX, para destacar el valor de las representaciones literarias en esa primaria definición de una cierta idea de la cubanidad. Para cerrar este primer bloque, Amparo Sánchez Cobos ofrece un novedoso análisis sobre el conflicto social en la nueva república cubana.

Dos trabajos, hasta cierto punto complementarios, conforman el segundo bloque, *Esclavitud y ciudadanía*. El texto de Javier Laviña analiza de que manera llegaron a la América hispana (y por lo tanto a Cuba) los debates ilustrados sobre la esclavitud, en la segunda mitad del siglo XVIII destacando el esfuerzo de los legisladores por reglamentar la vida de los esclavos, el denominado Código Negro, objeto central del capítulo. El historiador alemán Michael Zeuske, por su parte, plantea numerosos interrogantes sobre lo que él denomina «legados de la esclavitud».

El tercer apartado, *Tierras, Economía y Medio Ambiente* resulta el más extenso y, posiblemente, el más completo del libro. Centrado básicamente en los aspectos relacionados con la economía, lo integran siete trabajos diferentes que analizan, monográficamente y por separado, la composición de la mano de obra de los ingenios habaneros (Mercedes García), la lucha de los campesinos cubanos por la pro-

piedad de la tierra (Imilcy Balboa, Alejandro de la Fuente y M^a de los Ángeles Meriño), los problemas monetarios registrados durante el período interventor estadounidense (J. Antonio Piqueras), las consecuencias ecológicas derivadas de la extensión del cultivo de la caña en el centro-oriente insular (Reinaldo Funes), una comparación de la tecnología, mano de obra y estructura de la propiedad en la Cuba azucarera, a la luz de idéntica realidad en otros enclaves productores, como Java y Filipinas (Nadia Fernández de Pinedo), así como un panorama general de la evolución de la economía cubana entre 1861 y 1913, a partir de un análisis de sus principales magnitudes (Antonio Santamaría).

El último bloque lo integran cinco trabajos que se aproximan a la historia cubana a partir de las relaciones de la Isla con España. El primero de ellos, obra de Margarita Cervantes-Rodríguez, contempla el rol de Cuba como privilegiado trampolín de las relaciones transnacionales entre España y las Américas en los años finales del siglo XIX y los primeros del XX. Martín Rodrigo, por su parte, ofrece su aportación desde una doble mirada: la catalana y la cubana (o mejor, la centrada en Cuba y la centrada en Cataluña). También en el marco del estudio de las relaciones entre Cuba y Cataluña que analiza diez proyectos periodísticos diferentes desarrollados en Cuba por diversas asociaciones y colectivos catalanes. El texto obra de Josep Pich ofrece una detallada narración de las (desconocidas) negociaciones secretas de Francisco Pi y Margall, en su calidad de Presidente de la República española, con agentes norteamericanos. El último capítulo, broche del libro, es obra del historiador norteamericano Christopher Schmidt-Nowara. Con un planteamiento voluntariamente polémico, este autor insiste en su trabajo en una idea-fuerza: a finales del siglo XIX y hasta bien entrado el siglo XX la frontera entre historia imperial (española) e historia nacional (española) no estaba clara. Frente a las tesis defendidas por otros autores, Schmidt-Nowara insiste en que el régimen colonial español en las Antillas y en Filipinas, aunque disminuido, desempeñó un papel esencial en la construcción de la identidad y de los símbolos nacionales españoles, es decir, en la construcción de la «idea de España» propiamente dicha.

En su conjunto, los diecisiete capítulos del libro condensan las investigaciones más actuales sobre la historia cubana (y del papel de Cuba en un contexto suprain-sular) en los años en que la Isla transitó de su status colonial hasta su independencia, pasando por la ocupación e injerencia norteamericanas. Un libro que es mucho más que una suma miscelánea de diferentes artículos y que surge de un debate mantenido entre los diferentes autores, en un coloquio previo desarrollado en Barcelona.

Julia MORENO GARCÍA

EAHLAM, Chris: *Class, culture and conflict in Barcelona. 1898-1937*, London, Routledge/Cañada Blanch Centre on Contemporary Spain, 2005, 264 pp.

Una de las más ricas herencias que nos ha dejado el tiempo aquel en que los historiadores hispanistas anglosajones ejercían una cierta hegemonía en el debate historiográfico de nuestro pasado, es el conjunto de departamentos y centros de inves-

tigación en los que sus discípulos continúan la sana tradición de conectar estudios centrados en nuestro país con las últimas tendencias de interpretación historiográfica europeas y norteamericanas. A veces no traducidos al castellano y con escasa circulación, los trabajos salidos de recónditos departamentos de español en el extranjero presentan muchas veces la virtud de incardinar nuestra historia dentro de la evolución general europea más de lo que somos nosotros capaces desde aquí. Es el caso del libro de Chris Eahlam sobre el desarrollo del anarquismo en la Barcelona del primer tercio del siglo XX, que no sólo representa un ejemplar trabajo de historia social en la más pura tradición abierta por E.P. Thompson, sino que además cuenta con el atractivo añadido de enriquecerla abriendo el estudio a los más recientes intereses de una renovada historia urbana de particular vitalidad en los medios académicos británicos en la última década.

El propósito inicial del libro puede parecer clásico: realizar un ejercicio de historia desde abajo (*history from below*) que haga comprensible el proceso por el cual la Barcelona de principios del siglo XX se convirtió en el mayor baluarte del anarquismo en toda Europa. Y las declaraciones iniciales del autor acerca de la necesidad de atender a las experiencias cotidianas y a las pautas culturales de comportamiento de las clases populares barcelonesas para explicar el especial éxito del que disfrutó el anarquismo en la ciudad catalana no resultan novedosas en nuestra historiografía, por tratarse de un propósito muchas veces declarado, aunque excepcionalmente practicado. Sí lo es en cambio el establecimiento del otro eje metodológico que orienta la investigación: la dimensión espacial. Lamentando una cierta “miopía espacial” a la hora de examinar los clásicos estudios sobre movimientos políticos en la historia de España, Eahlam la revitaliza al hacer del contexto urbano un vector fundamental en la descripción del desarrollo del anarquismo barcelonés. De tal manera que hace ver cómo es imposible comprender las expresiones culturales concretas que daban sentido al anarquismo catalán sin una estrecha referencia a los barrios en los que surgió como forma de identidad política compartida por sus habitantes.

Que la CNT y la FAI encontraran su perfecto espacio de incubación, desarrollo y expresión en el Raval barcelonés y en los barrios surgidos tras la explosión demográfica que experimentó la ciudad al calor de la transformación económica sufrida por el país desde el final del siglo XIX, no ha de extrañar en tanto que tales espacios se convirtieron en los enclaves que acogieron a la mayor parte de los trabajadores inmigrantes no cualificados que llegaban a la ciudad catalana para encontrar, en un mercado laboral inestable y precario y en una ciudad subdesarrollada en infraestructuras y medios de previsión social, un contexto especialmente duro de lucha por la supervivencia. La especial dureza del proceso de transformación de la organización social que experimentó Barcelona desde finales del XIX y que se plasmó en una especialmente tajante segregación social entre barrios burgueses y barrios proletarios u obreros, condicionó particularmente el desarrollo de las repuestas sociales y políticas de las clases populares ante la nueva ciudad burguesa generada, añadiendo a los contenidos tradicionales de sus reivindicaciones (aumento salarial, mejora de las subsistencias) una especial connotación: la lucha de clases en Barcelona fue, tal y como muestra Eahlam, una lucha por el uso social de la ciudad. Tal contienda quedó bipolarizada entre una burguesía rectora y responsable de la nueva ciudad surgida con la industrialización, y una clase obrera que padecía sus miserias y queda-

ba marginada en determinados barrios. Las clases acomodadas actuaron presas del pánico y la histeria que les producía la depravación de la vida que observaban en los barrios bajos, y muy especialmente en el denominado Chinatown, que quedó estigmatizado en el discurso burgués como la quintaesencia de la degeneración social urbana: donde inmigrantes sin trabajo, atracadores, terroristas, prostitutas y anarquistas se amalgamaban en un todo para representar un desafío al orden que pretendía representar la ciudad burguesa. En la pugna por el uso social del espacio, las clases rectoras burguesas se esforzaron por el disciplinamiento de unas clases populares cuyas formas de vida eran percibidas como amenaza a través de un ejercicio cada vez más complejo y refinado de la violencia, como ya lo señalara Foucault en su día, y en el que se combinaron tanto el desarrollo de los instrumentos legales como el de los medios policiales de represión. En el otro lado, los habitantes de esos barrios aprovecharon las condiciones de marginalidad en las que les había sumido el proyecto de organización social burgués de la ciudad y que se tradujeron en un grave desamparo institucional ante la míseras condiciones de vida, para elaborar una original respuesta de desafío al orden burgués. Así Eahlam consigue describir un movimiento anarquista barcelonés en el que se hace comprensible el recurso a la delincuencia como medio de financiación de la organización y a la violencia y al terrorismo como formas de lucha en un contexto específico de lucha de clases, el de la Barcelona del primer tercio del siglo XX, en el que se carecía de otros canales de intermediación.

La aplicación del modelo del panóptico al estudio del desarrollo de los movimientos sociales urbanos resulta útil en tanto que permite solventar algunos problemas de interpretación histórica: abre en el caso estudiado por Eahlam nuevas vías para explicar, por ejemplo, el difícil encaje del anarquismo en una Segunda República en que la aprobación y aplicación de las leyes de Vagos y Maleantes, la de Orden Público y la de Defensa de la República, representaron muchos inconvenientes añadidos para que el movimiento abandonara las tradiciones y prácticas de actuación en que se había forjado en la ciudad catalana (el terrorismo, el pistolero, el apoliticismo) y en las que en buena parte cifraba su identidad. Por otro lado, su análisis combinado de las condiciones de vida y formas de adaptación al duro contexto urbano de los trabajadores, junto con el de las prácticas políticas anarquistas, ofrece interpretaciones especialmente lúcidas sobre fenómenos como el pistolero o el recurso a las barricadas en la Barcelona de la Guerra Civil. De todas maneras, el hacer de la lógica disciplinaria del Estado un vector fundamental del análisis, empuja a Eahlam a identificar más o menos de manera indisoluble a la clase obrera con los anarquistas, quedando éstos como los únicos perseguidos por un Estado en su empeño por eliminar la oposición ya por medio de la represión, ya por su integración en las instituciones (como puede ser en parte interpretado el reformismo de UGT y PSOE). Quedan así desatendidos aquellos movimientos políticos y manifestaciones de la cultura popular que pudieran ser contradictorios con el auge y consolidación del anarquismo barcelonés como la expresión legítima de la clase obrera. Quizá habría sido interesante, reconociendo la supremacía anarquista en Barcelona, señalar y analizar aquellas expresiones del movimiento obrero que, aunque minoritarias, representaban una alternativa a las aspiraciones de los dirigentes, militantes y simpatizantes anarquistas.

No es la única crítica que inspira el libro de Eahlam a quien transcurre por similares caminos de investigación y se podrían añadir tantos otros vectores de análisis que podrían enriquecer la investigación: un análisis de las transformaciones del mercado laboral podría haber sido útil para conocer el peso del trabajador no cualificado en Barcelona como clave del ascenso de la CNT, estudios sobre las redes de parentesco y solidaridad entre los inmigrantes podrían aclarar en qué manera el anarquismo consiguió crear una red tan tupida y eficaz en los momentos de movilización, una mayor referencia al desarrollo o subdesarrollo de las instituciones de beneficencia podría señalarse como clave de la quiebra de la convivencia entre clases en la ciudad... Pero no son tanto resultado de las carencias de su investigación como del poder de sugerencia de una obra, que en su novedad y originalidad en el acercamiento al fenómeno urbano y sus implicaciones políticas abre más caminos que cierra en la investigación, dejando a su paso una verdadera agenda abierta de debate y futuras investigaciones.

Rubén PALLOL TRIGUEROS

JUANA LÓPEZ, Jesús de y PRADA RODRÍGUEZ, Julio (Coords): *Lo que han hecho en Galicia. Violencia política, represión y exilio (1936-1939)*, Madrid, Crítica, 2006, 395 pp.

A mediados de 1937, en plena guerra civil española, apareció un artículo en el diario *Crítica* de Buenos Aires, publicado poco después en París con el título *Lo que han hecho en Galicia. Episodios del Terror blanco en las provincias gallegas contados por quienes lo han vivido*. En él se denunciaban públicamente, por primera vez, las atrocidades de la represión fascista en la retaguardia gallega y con ello se cuestionaba esa imagen de una Galicia rendida a la «causa nacional».

Setenta años después, la Editorial Crítica, en su colección «Contrastes», ha publicado *Lo que han hecho en Galicia. Violencia política, represión y exilio (1936-1939)*. La obra, coordinada por los profesores de la Universidad de Vigo Jesús de Juana López y Julio Prada Rodríguez, cuenta con un compendio de autores de reconocido prestigio en esta temática: Emilio Grandío, María Jesús Souto, Ana Cabana, Ángel Rodríguez, Miguel Cabo, Xosé Manoel Núñez, Domingo Rodríguez y el propio J. Prada. Todos ellos constituyen la mejor carta de presentación de un texto que pretende aunar en un solo volumen el resultado de las distintas investigaciones de lo que fueron esos años de violencia, represión y exilio en Galicia, sin olvidar situarnos en el complejo entorno social que ayuda a explicarlos.

La obra, precedida por un prólogo a cargo del Presidente del Consello da Cultura Galega y catedrático de Historia Contemporánea Ramón Villares, está dividida en un capítulo preliminar, siete capítulos monográficos y unas conclusiones en las que los coordinadores de la obra sintetizan las principales aportaciones de los diferentes especialistas.

En el primero de ellos, Julio Prada nos ofrece una breve, pero completa, síntesis del estado de la cuestión y de las diferentes líneas interpretativas sobre represión,

exilio y franquismo a nivel gallego y estatal. La aprobación de la Constitución de 1978 y la consolidación democrática favorecieron que un sector de la historiografía se enfrentase a la tarea de reconstruir aquellos aspectos de la guerra civil y del primer franquismo que, por motivos obvios, habían permanecido en la oscuridad hasta ese momento. El intento golpista del 23-F no favoreció precisamente el desarrollo de estas investigaciones, todavía muy limitadas por las dificultades de acceso a las fuentes y los planteamientos metodológicos adoptados. La renovación historiográfica que en este campo se produjo en los años noventa tardó, como subraya el autor, en concretarse en Galicia a pesar de la escasa atención que le habían prestado los más conocidos especialistas en nuestra Guerra Civil: las tesis de María Jesús Souto para Lugo, Xosé Manuel Suárez para Ferrol y la del propio Prada para Ourense constituyen las obras de referencia en este capítulo sin olvidar la vigorosa producción local que proliferó a lo largo de esta década.

Los cuatro capítulos siguientes constituyen el eje central de la obra, consagrado a estudiar la conspiración militar, el golpe de estado, la toma del poder y la represión en cada una de las cuatro provincias gallegas. Una división provincial que facilita la comprensión del tema pero que no puede ocultar, como señala Emilio Grandío, la coexistencia de «varias Galicias» que complican extraordinariamente cualquier intento de explicación global. Una explicación que cuando se centra en la búsqueda de los «porqués», frecuentemente, sólo puede alcanzarse descendiendo al ámbito básico de articulación y convivencia: la parroquia; incluso, diríamos, al de las relaciones individuales. Pero es innegable que esta diversidad presenta también indudables caracteres de unidad. Y uno de ellos es la propia lógica organizativa de la represión desde los primeros momentos del golpe: la División Orgánica, las provincias y los grandes distritos en las que fueron divididas las costeras para garantizar una mayor eficacia de la misma. Añadamos a ello la distribución de las fuentes y las facilidades de acceso a las mismas para justificar sobradamente la elección de este marco de análisis.

Grandío, Souto, Prada y Rodríguez Gallardo coinciden en señalar que desde las elecciones de febrero del 36 existían múltiples signos anunciadores de una trama golpista –de varias tramas, en realidad– que las autoridades republicanas no desconocían pero que fueron incapaces de conjurar. Su indecisión ante el levantamiento, por lo demás común a tantas otras zonas del Estado, les hizo perder unas valiosas horas mientras se debatían entre el miedo a la revolución de las masas y el temor a «provocar» a unos mandos cuya fidelidad, al menos en la cúpula de la División, se daba por descontada. Cuando quisieron reaccionar era ya tarde: las armas escaseaban e, incluso, como sucedió en el caso de Ourense, la orden de repartirlas entre los simpatizantes frentepopulistas concentrados en el Gobierno Civil fue desobedecida.

La resistencia en las principales urbes fue muy dispar. En Lugo, Ourense, Pontevedra y Santiago apenas existió o fue muy escasa, mientras que en Vigo, A Coruña y Ferrol los sublevados hubieron de emplearse a fondo para desarticular los diversos focos organizados. La determinación con la que actuaron los militares pone de manifiesto sus nulas vacilaciones a la hora de hacer uso de una violencia extrema para imponerse. La resistencia armada real, si puede llegar a considerarse así a los contingentes de voluntarios que se concentraron en diversas villas y aldeas dispersas por el solar galaico, fue rápidamente sometida apenas una semana después de declarado el estado de guerra.

Galicia, desarmada y subyugada, controlada desde los primeros días por el ejército sublevado y sus apoyos sociales, empieza a padecer una cruenta represión que va más allá de la eliminación física de los disidentes. Esta supresión sistemática de todos aquellos individuos que pudieran ser acusados de colaborar con la República tenía una función mucho más compleja de lo que podía parecer en un primer momento. Su objetivo, una vez sofocada la resistencia, no era reprimir comportamientos que supusiesen un obstáculo para la dominación de Galicia, sino, en primer lugar, utilizar el terror para lograr el completo sometimiento de la población y forzar su colaboración para asegurar la victoria final sobre el bando republicano.

Además, concluyen los autores, la represión franquista perseguía como fin último garantizar la restauración/implantación del orden social y político amenazado por la experiencia republicana. El uso de una violencia sin piedad fue, sin duda, el principal instrumento para la consecución de estos objetivos. Pero existe además todo un microcosmos represivo con tres niveles interrelacionados que conviene no pasar por alto según ha puesto de manifiesto el propio J. Prada en otros trabajos. El inferior, formado por los diferentes niveles de represión física es la base sobre la que gira la exposición de los referidos autores, por lo que a la espera de otros trabajos quedan aspectos tan importantes como la represión económica, la represión administrativa, otras formas de represión social diferentes a la destrucción del tejido societario o la propia represión psicológica. Todas ellas, quizás mucho menos dramáticas, pero con una duración temporal mayor y tanto o más permeables en la conciencia colectiva, contribuyeron a mantener al conjunto de la población subyugada al nuevo régimen.

Un último bloque temático abarca otros tres capítulos de carácter monográfico. El primero de ellos está dedicado a la represión del asociacionismo agrario, estudiado por Miguel Cabo y Ana Cabana, que confirma la idea que subyace en el resto del libro: la desproporción entre represión y oposición al levantamiento. La eliminación física y la depuración se restringen a los cuadros dirigentes y a aquellos individuos de mayor significación, pero la represión ejercida sobre estos colectivos está encaminada a realizar una auténtica *Damnatio Memoriae* de lo que este tipo de movilización campesina había supuesto hasta el momento. La eliminación de este tipo de organizaciones no va a suponer, al menos de forma inmediata, la entrada de Falange ni de ningún otro tipo de agrupación en su lugar, generándose lo que los autores han calificado como el «impasse asociacionista», sin duda una de las mayores diferencias que nos ofrece el caso gallego a las experiencias contemporáneas de los regímenes nazi y fascista.

Los espacios de reclusión son analizados en el capítulo sexto por Domingo Rodríguez, quien nos conduce por el entramado evolutivo del sistema penitenciario desde los primeros momentos —la fase de «represión local» a la que alude el autor— hasta la necesaria reconversión que se opera en noviembre de 1936. La prolongación de la guerra obligaría a las autoridades rebeldes a introducir nuevas modificaciones en este sistema que dieran respuesta a sus necesidades, reorganización que supondrá una creciente centralización para la gestión del embrionario sistema penitenciario. Los detenidos serán ubicados en edificios de grandes dimensiones que, en no pocas ocasiones, tendrán que acondicionar los propios presos, sin que ello suponga una retribución salarial o una reducción de su condena por las jornadas de trabajo.

La eficaz acción quirúrgica que se lleva a cabo a través de los asesinatos paralegales y la maquinaria de los consejos de guerra, unido a la inexistencia de frentes de guerra y a la selección y depuración de los desafectos que realiza en las cárceles explican la simbólica presencia de gallegos en los campos de concentración habilitados en Galicia. En cambio, la caída del frente asturiano supondrá la llegada de masivos contingentes de combatientes republicanos para los que se habilitan numerosos campos en los que se lleva a cabo una ingente labor de clasificación, paso previo para la exigencia de responsabilidades. No olvida el autor presentarnos algunos de los aspectos más humanos de la vida de los reclusos, comunes a todas las regiones españolas: hacinamiento, escasa salubridad, «dieta del hambre», etc.

La dificultad de definir qué es un exiliado queda patente en el amplio espacio que Xosé Manoel Núñez dedica a este aspecto en el capítulo del exilio gallego. Este proceso, que se inicia con el golpe, presenta una variedad de tipologías y destinos, predominando la elección americana frente a otras, posiblemente por la existencia de redes microsociales formadas por la intensa oleada migratoria a estos países desde el s. XIX. Los huidos, también denominados exiliados interiores, optarán por varias vías de salida durante el conflicto y, sobre todo, tras su finalización del mismo. Así, mientras unos intentan abandonar España, otros configuran partidas que anticipan la guerrilla antifranquista de los años 40. Aunque diversos especialistas en estas temáticas han eludido destacar la singularidad del exilio gallego frente a otros «exilios», Núñez Seixas destaca su fuerte dinámica organizativa, ya que son estos grupos los que crean en los países receptores organizaciones de apoyo mutuo y de oposición al régimen franquista, además de liderar la producción intelectual y abanderar el empleo del gallego.

No es esta una publicación en la que hallen cabida los encantos o las glorias de Galicia, sino sus desastres. Y entre todos ellos, ocupando un lugar preferente, la cruenta represión que se cebó en miles de sus habitantes. Ello viene a demostrar, como se destaca en sus conclusiones, que Galicia no era la retaguardia segura que la propaganda oficial se empeñaba en presentar: en sus fronteras «no hubo guerra, sino sólo represión», una idea-fuerza que resume con acierto el significado de lo que significó aquel julio de 1936.

Luis Teófilo GIL CUADRADO

O'ROURKE, Kevin H. y WILLIAMSON, Jeffrey G.: *Globalización e historia. La evolución de la economía atlántica en el siglo XIX*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006, 430 pp.

Tratar de obtener respuestas a los desafíos del mundo actual recurriendo a los hechos del pasado constituye la base del trabajo de cualquier historiador. Y también de aquéllos que, proviniendo de otras disciplinas, utilizan la variable temporal a la hora de sustentar sus conclusiones. Este último es el caso de los economistas Jeffrey G. Williamson y Kevin H. O'Rourke, profesores respectivamente en la universidad de Harvard y el Trinity College de Dublín. El primero de ellos está considerado hoy

día como una de las grandes figuras de la historia económica, gracias a sus estudios acerca de las implicaciones que la unificación de mercados tiene en fenómenos tales como las migraciones o las desigualdades entre Estados. Por su parte, O'Rourke ha destacado principalmente por sus análisis de los factores subyacentes a la evolución económica irlandesa durante la segunda mitad del siglo XIX. En cualquier caso, se trata de dos autores cuya experiencia avala suficientemente su capacidad para plantearse el reto de analizar algunos aspectos del polifacético y a la vez polémico fenómeno de la globalización. Una palabra cuyas resonancias tienen un eco creciente en los intereses del lector medio, como ha demostrado el éxito de ventas obtenido en los Estados Unidos por el libro *La tierra es plana*, de Thomas Friedman¹. En este campo, *Globalización e historia* es una obra con una larga trayectoria a sus espaldas, dado que la edición original en inglés data del año 1999. Sin embargo, su alcance y erudición la han convertido en una especie de manual, cuya traducción al español está más que justificada.

O'Rourke y Williamson parten de la identificación entre globalización y desarrollo (capítulos 1 y 2). A sus ojos, la homogeneización de los mercados de bienes, capitales y personas conlleva irremisiblemente la igualación de los niveles de renta de los países implicados en el proceso. Desde esta base, comienzan utilizando los indicadores de convergencia salarial de distintas naciones para medir el grado de integración de la economía Atlántica –Europa Occidental y los Estados Unidos– y postular la existencia de dos oleadas globalizadoras: una primera entre 1850 y 1914, y otra a partir de los años cincuenta del pasado siglo. Admitiendo las posibles diferencias existentes entre las dinámicas homogeneizadoras propias de ambos períodos, los dos autores se proponen estudiar las causas que marcaron a la primera de esas dos globalizaciones, así como los factores que produjeron la desaceleración de los años de entreguerras. Todo ello con la intención de demostrar que las dinámicas integradoras de la económica mundial no son corrientes automáticas ni inevitables, y de ofrecer algunas pistas para impedir la repetición de los patrones de la etapa 1914-1950.

A la hora de estructurar su argumentación, O'Rourke y Williamson parten de las teorías enunciadas en la década de 1920 por Eli Hecksher y Bertil Ohlin (capítulo 4). Estos dos economistas suecos postularon que la expansión de los intercambios comerciales conlleva irremisiblemente una equiparación en el precio de los factores de producción –tierra, trabajo y capital–. De esta manera, en el siglo XIX la conexión entre las economías de Europa Occidental –pobres en tierra pero ricas en mano de obra– y del Nuevo Mundo –en situación inversa– debería haber constituido la base de la igualación de los salarios y los precios del suelo que tuvo lugar entonces. Dado que la tierra no es un recurso capaz de movilizarse para compensar la reducción de sus beneficios, los autores dedican la mayor parte de su investigación a determinar en qué medida la expansión de los intercambios comerciales, la movilidad de la mano de obra y la circulación de capitales contribuyeron al aumento de la convergencia salarial de finales del mil ochocientos.

Siendo el comercio la clave de las teorizaciones de Hecksher y Ohlin, los autores examinan en primer lugar las claves de y las reacciones ante la expansión del tráfi-

¹ FRIEDMAN, Thomas: *La tierra es plana: breve historia del mundo globalizado del siglo XXI*, Madrid, Martínez Roca, 2005.

co mercantil entre 1850 y 1914 (capítulos 5 y 6). Dos fueron las circunstancias que propiciaron la intensificación de los intercambios: la mejora de los transportes y la creciente liberalización de las políticas comerciales. Las nuevas tecnologías –máquina de vapor, técnicas frigoríficas, etc.– permitieron que las mercancías llegasen más lejos en menos tiempo, a la par que Inglaterra abolía en 1846 las restricciones a la importación de cereales. Una medida que dio el pistoletazo de salida para la aplicación en los países europeos de políticas comerciales más permisivas, simbolizadas por la proliferación, a partir de 1860, de tratados bilaterales basados en la cláusula de nación más favorecida. Sin embargo, este fenómeno expansivo acarrió consigo el germen de su propia destrucción. La llegada al Viejo Continente de cereal barato procedente de América y del Este de Europa hizo disminuir las rentas de la tierra, y abrió paso a un nuevo resurgimiento del proteccionismo en los años 1870 y 1880. Desde entonces, las barreras arancelarias no pararon de crecer hasta 1914, y tras la guerra el torrente nacionalista provocó el estancamiento de la primera gran oleada globalizadora. Sin embargo, O'Rourke y Williamson sugieren que fueron precisamente los países que no se dejaron llevar por el alud proteccionista –Gran Bretaña, Holanda y Dinamarca– los que experimentaron mayores niveles de convergencia de precios del cereal entre 1870 y 1914. La clave del “éxito” de la globalización en dichas naciones residió precisamente en la estructura de sus economías, que les permitió hacer frente a la competencia internacional sin renunciar a los “beneficios” de la apertura mercantil.

La misma dinámica guía el tratamiento que los dos economistas dan a los fenómenos migratorios (capítulos 7 a 10). A este respecto señalan los diferentes elementos que determinaron la salida de un número considerable de emigrantes desde Europa hacia el Nuevo Continente. En primer lugar, destacan los procesos de desarrollo industrial, cuya consecuencia fue doble. Por una parte, implicaron un aumento del nivel salarial que permitió a los ciudadanos acumular las rentas suficientes para costear la emigración –pasaje, establecimiento en el país de acogida, etc.–. Por otra, provocaron una disminución de las necesidades de mano de obra agrícola y por ende un excedente de trabajadores que se dirigieron o bien a las ciudades o bien al extranjero. En segundo lugar, la evolución demográfica trajo a la larga a un crecimiento de los estratos más jóvenes de la población, que eran los más propensos a emigrar. Por último, la presencia en América de inmigrantes de una determinada nacionalidad constituyó un agente de atracción muy poderoso a la hora de influir a sus conciudadanos a seguir el mismo camino. Tales circunstancias explican que las primeras naciones en enviar al exterior un número considerable de efectivos humanos fueran aquellos países de Europa occidental que habían iniciado tempranamente su desarrollo –Gran Bretaña o Suecia–. Asimismo, nos ayudan a entender la tardía emigración de italianos y españoles, cuyo progreso económico y demográfico resultó mucho más lento y tardío. Por otra parte, en el caso de Irlanda los tempranos desplazamientos hacia los Estados Unidos fueron la consecuencia del *shock* producido por la hambruna de mediados del XIX, tras la cual los elevados contingentes de irlandeses establecidos al otro lado del Atlántico actuaron como un poderosísimo influjo a que animó a miles de sus compatriotas a embarcarse hacia el continente americano.

Si el comercio había constituido un elemento decisivo para explicar la nivelación de los precios de determinadas mercaderías, la emigración fue fundamental para la

convergencia de salarios entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Gracias a ella los sueldos agrícolas irlandeses subieron entre un 19 y un 41%, y las rentas de los trabajadores urbanos de Suecia lo hicieron en un 12%. Por otra parte, en Estados Unidos la llegada de inmigrantes tuvo el efecto contrario, contrayendo los salarios en un 15%. Una disminución que perjudicó principalmente a los trabajadores menos cualificados, y que llevó a las naciones receptoras de mano de obra a levantar muros contra la inmigración. Éstos se hicieron especialmente onerosos en Norteamérica tras 1918, instituyendo otro de los elementos causantes de la dinámica desglobalizadora de entreguerras. La conclusión que O'Rourke y Williamson sacan de todo esto es clara: las emigraciones fomentan la disminución de la brecha entre países ricos y pobres; una oquedad que por el contrario se amplía con la erección de obstáculos a la libre circulación de personas.

Menor relevancia otorgan estos dos autores al tercero y último de los factores que centran su análisis: la movilidad internacional de capitales (capítulos 11 y 12). Una de las características de la contemporaneidad ha consistido precisamente en la aceleración de las inversiones interfronterizas. Un fenómeno que comenzó a expandirse en el siglo XIX gracias a la mejora de las comunicaciones y la generalización de reglas como el patrón oro, que contribuían a hacer más seguras las transacciones internacionales. De haberse dirigido primordialmente hacia los Estados más pobres, los movimientos de capitales podrían haberse convertido en un elemento nivelador. Sin embargo, la mayor parte de las inversiones tuvieron como destino economías desarrolladas. Tan sólo en el caso de las naciones escandinavas las entradas de capital afectaron significativamente a su convergencia salarial con Estados Unidos, mediante el aumento de los sueldos reales suecos en un 25%. Entre las causas que impidieron una llegada similar de monetario a los países menos aventajados de la periferia europea –Irlanda, Italia, Portugal y España–, se destacan en el libro la menor productividad de sus sistemas económicos y la aplicación de medidas macroeconómicas poco ortodoxas, origen a su vez de perniciosos efectos como la inestabilidad de los tipos de cambio.

Tras dedicar un capítulo –el 13– a desmontar las teorías que afirman que los flujos de factores de producción y el comercio internacional son sustitutivos, O'Rourke y Williamson acaban su trabajo resumiendo las conclusiones a que han llegado en las diferentes partes. Todo ello con la intención de demostrar que “las fuerzas de la economía abierta fueron cruciales a la hora de explicar el relativo crecimiento de finales del siglo XIX” (p. 361). Así, recuerdan que las migraciones fueron las causantes de casi el 100% de la convergencia salarial de Irlanda e Italia con los Estados Unidos, y del 8% de la de los países escandinavos. En el caso de estos últimos, entre el 30 y el 40% de esa igualación es achacable a la circulación de capitales. Por lo que se refiere al comercio, sirvió para elevar los jornales británicos en un 20%, aunque sólo explica un 6,2% de la disminución de la brecha salarial Norteamérica-Escandinavia. No cabe duda de que la intención de los autores a la hora de presentar estos argumentos pasa por caracterizar la globalización como un fenómeno inherentemente positivo, por cuanto contribuye a difuminar las desigualdades internacionales. La consideración de las causas que contribuyeron al final de la primera oleada convergente deberían servir por tanto para negar la idea de “que el mundo está irreversiblemente abocado a unos niveles de integración económica jamás alcanza-

dos” (p. 368). La supervivencia de dicha integración depende, por el contrario, de la existencia de una voluntad política comprometida con el mantenimiento de estrategias liberalizadoras, y de la no repetición de los supuestos errores que condujeron al estancamiento de entreguerras.

Las tesis de *Globalización e historia* han sido ampliamente matizadas desde el campo de la economía. Por un lado, se ha criticado su afán por contradecir las explicaciones tradicionales acerca del desarrollo económico del siglo XIX. Éstas hacían hincapié en las innovaciones tecnológicas que, emanadas de la primera Revolución Industrial, se exportaron progresivamente a distintos países, los cuales pudieron así sumarse al carro del crecimiento. Contra esta suposición, O’Rourke y Williamson parecen apuntar a una mayor influencia de factores externos –capitales, comercio,...–. Una tendencia que les lleva a desestimar el rol que tienen en los avances económicos diversos condicionantes endógenos, largamente consensuados por la historiografía económica, caso de la educación o la acumulación de capitales. En este sentido, C. Knick Harley, profesor en las universidades de Oxford y Western Notario, ha contestado a ambos escritores poniendo de manifiesto cómo el desarrollo de una nación depende tanto o más de determinantes internos como de presiones exógenas. Para ello remite una vez más al caso de los Estados Unidos, cuyo progreso es inseparable de la existencia, a lo largo del siglo XIX, de una frontera en expansión capaz de absorber enormes cantidades de recursos². Una realidad que ya puso de manifiesto en la época el eminente historiador Frederick Jackson Turner.

Aparte de la excesiva vinculación de O’Rourke y Williamson con las teorías económicas del liberalismo decimonónico, son varias las apreciaciones que, partiendo de un punto de vista histórico, pueden hacerse a su labor. En primer lugar, en alguna ocasión parecen forzar en demasía los hechos para hacerlos compatibles con sus esquemas epistemológicos. Así parece ocurrir, por ejemplo, cuando recurren al primer tomo de la obra de Myra Wilkins sobre la historia de las inversiones estadounidenses en el extranjero. El crecimiento de la presencia internacional de las empresas norteamericanas entre 1890 y 1913 es presentado como un signo del apogeo por el que atravesaba el mercado global de capitales. Sin embargo, un simple vistazo al segundo volumen del trabajo de Wilkins hubiera servido para constatar que la inversión directa estadounidense en Europa siguió acelerándose entre 1919 y 1929 –pasó de 3.880 millones de dólares a 7.553–, un período que para los autores vino caracterizado por el colapso de los flujos de capitales³. A un nivel más general, la excesiva focalización de la obra en torno a factores económicos de tipo estático no permite valorar el papel que los condicionantes políticos pueden tener a la hora de matizar determinadas corrientes de tipo general⁴. Para darnos cuenta de este fenómeno basta con acercarnos al ámbito de las relaciones entre España y los Estados Unidos entre

² HARLEY, C. Knick: “A Review of O’Rourke and Williamson’s ‘Globalization and History: The Evolution of a Nineteenth Century Atlantic Economy’”, *Journal of Economic Literature*, Vol. XXXVIII, n.º 4 (2000), pp. 926-935.

³ Ver WILKINS, Myra: *The Maturing of Multinational Enterprise. American Business Abroad from 1914 to 1917*, New York, Cambridge University Press, 1979, p. 55.

⁴ Ver la reseña al libro de Cheryl Schonhardt-Bailey, *Journal of American History*, Vol. LXXXVII, n.º 3 (2000), pp. 1.020-1.021.

1914 y 1929. No podemos negar que fueron años de políticas nacionalistas, que tras la guerra se tradujeron en la aplicación de altos aranceles en ambos países, y en el excesivo control español sobre los capitales extranjeros. Sin embargo, no es menos cierto que la voluntad política de los gobiernos de Madrid y Washington convirtió ese período desglobalizador en el momento de arranque de un enorme crecimiento de los intercambios comerciales hispano-norteamericanos –que pasaron de los 211 millones de pesetas de 1914 a los 693 de 1929⁵– y la inversión directa estadounidense en España –que subió de 20,45 millones de pesetas en 1918 a 620,25 en 1929. Unos datos que, cuando menos, sirven para puntualizar la aseveración de O'Rourke y Williamson en el sentido de que España quedó totalmente excluida de la primera oleada globalizadora, y sólo se incorporó a las dinámicas de homogeneización durante la segunda mitad del siglo XX.

Con todo, éstas no son sino mínimas precisiones que en nada restan valor a una obra como *Globalización e historia*, que es fruto del esfuerzo investigador desplegado a lo largo de varios años por dos reconocidos expertos en la materia. Se trata, además, de un libro que nos ayuda a reflexionar profundamente acerca de algunos elementos clave en la configuración de la realidad que nos rodea.

José Antonio MONTERO JIMÉNEZ

PAYNE, Stanley G.: *El colapso de la República. Los orígenes de la Guerra Civil (1933-1936)*, Madrid, La esfera de los libros, 2006, 659 pp.

Autor de conocidos trabajos sobre la historia política española del siglo XX, Stanley Payne aborda en esta nueva monografía los hechos y aspectos de la II República que contribuyen a entender el alzamiento militar del 18 de julio de 1936. *El colapso de la República* se centra en los años posteriores a la victoria electoral de las derechas en 1933, y sobre todo en los seis meses de gobierno del Frente Popular, y muestra la sucesión de errores e infortunios que, tanto desde la gestión de gobierno como desde el comportamiento de los diferentes actores de la vida política, condujeron al estallido de la Guerra Civil.

La idea de partida es que la República, en cuanto régimen, no estaba necesariamente condenada al fracaso en España, ni mucho menos a terminar desembocando en una guerra. A la postre, ésta habría sido más bien fruto de la *forma* en que el régimen republicano fue adoptado y, más tarde, gestionado y desarrollado. Así, el autor reconstruye la historia política de la II República como una relación de oportunidades perdidas para la concordia social y política, e identifica a los responsables del progresivo agravamiento de las tensiones. El último culpable del colapso final habría sido un extremismo pertinaz, que el autor atribuye sobre todo a la izquierda, y la falta de una suficiente incardinación del régimen en las instituciones tradicionales españolas, al dejar deliberadamente al margen de su constitución al espectro conservador.

⁵ Datos extraídos del *Anuario Estadístico de España*, años 1918-1929.

Fiel a su estilo, Payne se remonta, en la introducción, a antecedentes tan lejanos como el Trienio liberal de 1820-23, para encontrar los orígenes de una tradición de izquierda «exaltada», que, desde su punto de vista, se habría reproducido en España a partir de 1931. El no acatamiento por las izquierdas de los resultados electorales de 1933 —fruto a su vez de una dudosa ley electoral que traducía pequeñas variaciones de voto popular en grandes desequilibrios en el Parlamento—, la rebelión contra la legítima entrada de la CEDA en el gobierno, y los problemas derivados de la coalición radical-cedista, con la difícil convivencia entre republicanos y legitimistas monárquicos, suponen el punto de inflexión de un proceso que paulatinamente precipita a la República al desastre. En este mismo sentido son interpretados episodios como el contencioso de la Ley de Contratos de Cultivo de la Generalitat Catalana, la paralización de la reforma agraria en 1934-35 y, sobre todo, la revolución de octubre de 1934, pese a la suavidad con que, según el autor, fue reprimida.

A las decisiones del presidente Niceto Alcalá Zamora atribuye Payne buena parte de la responsabilidad del deterioro de la vida política. Sus repetidas tentativas de «centrar» la República, inmiscuyéndose en el nombramiento de los gobiernos y marginando sistemáticamente a la CEDA, llevarían a la convocatoria adelantada de elecciones de 1936, que a la postre propiciaría su propia destitución. Según Payne, «el presidente mantenía el loable objetivo de defender un régimen democrático, centrista y liberal, pero estaba poseído por una especie de complejo mesiánico, un ego enorme que le condujo a pensar que tenía derecho a manipular cualquier aspecto del gobierno tanto como quisiera» (pp. 227-228).

En cuanto al período posterior a las elecciones de febrero de 1936, Payne se centra en la pugnas internas del Frente Popular, y en particular en la competencia entre prietistas y caballeristas en el seno del PSOE, y en el incremento de la violencia política tanto en las izquierdas como en las derechas. Dedicar interesantes páginas al propio desarrollo de las elecciones, y sobre todo a la fraudulenta repetición de las mismas en Cuenca y en Granada, donde se cometieron abusos variados para otorgar la victoria al Frente Popular.

La actitud del nuevo gobierno frente a los rumores de insurrección militar habría sido parte de esa cadena de errores que condujeron al estallido de la guerra, al minimizar el potencial de convocatoria de los conspiradores, y llegando, en algún caso, a desear que la insurrección se produjera y justificara así el definitivo aplastamiento de los enemigos políticos. Del mismo modo se interpreta la relativa indulgencia del gobierno con la violencia izquierdista, cuyo peso en la decisión final del alzamiento habría sido determinante.

En la conclusión, Payne clasifica los problemas que hubo de afrontar el régimen republicano en tres categorías: económicos, coyunturales y políticos. Respecto de los primeros, desestima la hipótesis de una «miseria social» como causa de las tensiones, pero atiende a otros factores habitualmente descuidados, como el impacto de la demografía (en los años treinta había en España, al igual que en Alemania, más varones jóvenes que en ningún período anterior, siendo éste el sector más susceptible a la radicalización). En cuanto a la coyuntura internacional, Payne señala que, pese al nulo papel jugado por España en el escenario internacional del momento; las experiencias totalitarias de otros países ejercieron un considerable atractivo sobre buena parte de la población, sobre todo en el caso de la Unión Soviética, cuya tétri-

ca realidad de purgas y hambrunas provocadas quedaba lo bastante lejos como para romper su encanto. Por último, insiste en que las reformas políticas desarrolladas por la República abocaron a la ruptura más por la forma que por el contenido. Sobre todo en los asuntos religiosos, los fundadores de la República «no representaron un esfuerzo por superar las divisiones del pasado sino, más bien, el renovado entusiasmo de un nuevo grupo por imponer sus propios valores y vengarse de sus expulsados predecesores» (p. 545).

Carlos LÓPEZ GÓMEZ

PRUSZYŃSKI, Ksawery: *En la España roja*, edición y notas de Katarzyna Olszewska Sonnenberg y Sergio Trigán, Barcelona, Alba, 2007, 462 pp.

Setenta años se ha demorado la publicación en castellano de uno de los primeros libros escritos sobre la Guerra Civil española. *En la España roja* recoge los artículos que el periodista y escritor polaco Ksawery Pruszyński (1907-1950) redactó para la revista *Wiadomości Literackie* (Noticias Literarias) a lo largo de su estancia en España, entre septiembre de 1936 y principios de 1937, y que el propio autor editó ese mismo año para su publicación en forma de libro.

En esos meses, Pruszyński, autor de varias obras sobre la política internacional de entreguerras (y reconocido como «maestro de periodistas» por figuras como Adam Michnik o Ryszard Kapuściński), recorrió varias regiones bajo control del bando republicano, principalmente Cataluña, Madrid, Córdoba y Vizcaya. Se interesó por la actividad militar en los frentes, incluyendo los aspectos estratégicos de la guerra, pero también por la vida en la retaguardia y, sobre todo, por la deriva de la revolución en España. Además de entrevistas y testimonios directos de notable valor, su libro nos aporta una mirada desusadamente sugerente (por lo poco estudiada que ha sido la perspectiva polaca de la guerra española), en la que, a diferencia de otros autores europeos testigos del conflicto, procura ahondar en las causas *internas* del mismo en lugar de interpretarlo en función de las confrontaciones ideológicas del resto de Europa. Con todo, no faltan en su obra los paralelismos entre España y Polonia («la sombra pálida de Polonia se asoma siempre tras los aspectos macabros de España», dice en la p. 335) ni las alusiones a la Revolución soviética, e incluso en ocasiones denomina a los bandos contendientes *rojos* y *blancos*. Pero, por lo general, ante la realidad de los acontecimientos que le es dado presenciar, intenta penetrar tanto en la historia como en las características de la sociedad española, a la búsqueda de los orígenes de la violencia política y de las deficiencias económicas estructurales en que ha germinado la revolución. Así, reflexiona sobre la persecución religiosa y la destrucción de obras de arte de la Iglesia, que explica como una tentativa revolucionaria de destruir toda una tradición cultural histórica –la vinculación del pueblo español con el catolicismo– y que, a su entender, estaría abocada al fracaso a largo plazo; analiza la evolución política de España desde principios del siglo XX, que entiende como el mantenimiento de un sistema feudal bajo la apariencia del capitalismo (y, en este sentido, vuelve a trazar el paralelismo con Polonia); y dedica asimismo varias pági-

nas al problema de la reforma agraria, que, para él, debiera enfocarse más en el sentido de modernizar la producción que en el de repartir la tierra. Convincente en la narración de las batallas, como cuando relata la aproximación de los nacionales a Madrid en octubre de 1936, refleja también el terror de la retaguardia, los efectos de los bombardeos indiscriminados sobre la capital y la actividad de otros corresponsales extranjeros, dando cuenta de las vicisitudes que ha de atravesar para acceder a la información, el trato con los censores y las autoridades, etc.

Además de las observaciones, andanzas y reflexiones del autor, el libro recoge un par de entrevistas realizadas a personalidades de la época. Por un lado, Gregorio Marañón, a la sazón exiliado en París, que, dado que el autor no llegó a penetrar en la zona *nacional*, es el único personaje del libro que se expresa para justificar el golpe de julio. En segundo lugar, el *lehendakari* José Antonio Aguirre, con quien el autor se encuentra con ocasión de una visita al País Vasco, y de quien obtiene la conmutación de las penas de muerte para dos carlistas que habían intentado pasarse al otro bando. En un apéndice, el libro incluye también un par de cartas entre Prusifynski y la esposa del Embajador polaco en Madrid, después de que en uno de sus artículos el autor hubiera descrito la infiltración comunista que se había producido en la legación.

En conclusión, *En la España roja* constituye una fuente relevante para el conocimiento de la España republicana durante el conflicto, y en especial del trabajo de los corresponsales extranjeros. Dado el seguimiento de que los artículos de *WiadomoŃci Literackie* gozaron en Polonia, es también un documento imprescindible para la percepción polaca de la Guerra Civil española. Su publicación en castellano es, en fin, una excelente noticia para los estudiosos españoles.

Carlos LÓPEZ GÓMEZ

OLLERO VALLÉS, José Luis: *Sagasta. De conspirador a gobernante*, Madrid, Marcial Pons, 2006, 469 pp.

La figura de Práxedes Mateo Sagasta ha sido objeto de diversas aproximaciones, tanto académicas como conmemorativas en las que el autor de la monografía que aquí se comenta ha tenido un papel destacado. De entre ellas cabe destacar la exposición “Sagasta y el liberalismo progresista” que se inauguró en el año 2002 y de la que Ollero Vallés fue comisario. La exposición pretendía rescatar la personalidad de Sagasta con el objeto de revalorizar la aportación del liberalismo progresista a la conformación de la cultura política liberal española. El autor, estrechamente vinculado al Instituto de Estudios Riojanos, lleva años preocupándose por el personaje desde la plataforma que el Instituto proporciona, ofreciendo a través de diversos artículos y capítulos de libros los resultados de su investigación. En este caso nos encontramos con la publicación de su tesis doctoral. En ella ha pretendido reflejar la trayectoria política del personaje e insertarla en el seno de la historia social y económica de la España del siglo XIX. Lo que se va a encontrar el lector en este libro es el itinerario del Sagasta progresista, pues, como se señala en el libro, el Sagasta restaurador per-

tenece a un contexto político que se mueve en unas coordenadas distintas, en un liberalismo que se ha visto superado por opciones más a la izquierda, con un ascenso creciente de la problemática social. Todo ello condicionó y puso límites a las demandas de un liberal que, en sintonía con otros contemporáneos, abogó, pasado el Sexenio, por establecer la estabilidad política por encima de otras consideraciones. Es de esperar que José Luis Ollero se anime a analizar las actuaciones políticas de Sagasta en la etapa que, con cierta parcialidad, ha sido llamada Restauración canovista.

El autor parte del hecho de que para comprender el siglo XIX español resulta imprescindible comenzar desde lo que él denomina “dimensión microhistórica”, es decir, desde un punto de vista que se inicia en la descripción del ámbito local para llegar al nacional. Teniendo en cuenta que la política española se establecía alrededor de unas redes clientelares que permitían a los candidatos acceder a los puestos de representación política, se hace imprescindible conocer cómo se forjaron estas redes y cuál era su funcionamiento, así como examinar en qué términos se establecían los compromisos políticos que dichas estrategias exigían. Desde este punto, Ollero corrobora lo que otros estudios locales han mostrado: la variabilidad y pluralidad de dichas elites y clientelas. En el caso de Sagasta, el autor describe con detalle sus orígenes sociales y los de su familia, los intereses económicos que guiaron a ésta y cómo se fueron definiendo sus compromisos con el régimen de Isabel II no sólo en términos políticos, sino también económicos. La dimensión microhistórica del análisis de la clientela sagastina, pues, gira alrededor de Logroño, punto de partida que le ha servido al autor para describirnos los mecanismos de diálogo entre lo local y lo nacional. En este sentido, en las conclusiones de su estudio José Luis Ollero ha escrito este significativo párrafo: “...Sagasta y las nuevas elites políticas fueron soldando nuevos mecanismos de acción y praxis política que conectaban las relaciones clientelares del ámbito local con la maquinaria política nacional [...] Merece la pena destacar en este punto la influencia de las elites provinciales en la política nacional, al mantenerse impermeables a la aparente centralización liberal y proporcionar las piezas para formalizar la clase gestora del Estado” (p. 420).

Otra vertiente del trabajo de José Luis Ollero es la caracterización del progresismo. Durante bastantes años el progresismo ha permanecido un tanto desplazado en los estudios políticos sobre el siglo XIX español. El predominio gubernamental ejercido por los moderados ha conducido a que los progresistas fueran contemplados como meros apéndices de un régimen que no supo pivotar sobre la alternancia política con el equilibrio necesario, viéndose forzados en unas ocasiones a recurrir a mecanismos extraparlamentarios o, en otros momentos, a autoexcluirse de la vida política (el famoso “retraimiento”). Recientemente han aparecido trabajos que han tratado de profundizar en el progresismo como opción viable, ofreciendo una imagen más sólida que la que hasta el momento se había sostenido. Tal vez la publicación más conocida sea la editada por Manuel Suárez Cortina: *La redención del pueblo. La cultura progresista en la España liberal* (Santander: Universidad de Cantabria, 2006), en la que colabora también el autor que nos ocupa.

José Luis Ollero analiza los elementos que caracterizan al progresismo apuntando que, sobre todo en relación al moderantismo, uno de sus grandes problemas fue la carencia de una doctrina o una ideología coherente. Señala que sus presupuestos ideológicos giraban sobre todo alrededor de “una interpretación radical de los prin-

cipios del liberalismo político y económico expresados por primera vez en el constitucionalismo gaditano de 1812” (p. 139). Esta consideración tiene una serie de derivaciones que contribuyen a definir el pensamiento progresista como una filosofía con una doble vertiente: la defensa a ultranza de los derechos políticos de los individuos (en especial, seguridad, libertad, igualdad y propiedad); y la reivindicación de la libertad económica como elemento indisoluble de un régimen constituido sobre los pilares de la representación política de los intereses económicos. La libertad económica será, precisamente, uno de los ejes básicos del pensamiento de Sagasta quien, como profesional (ingeniero) y como propietario y empresario, nunca renunciará a ella pues en la eliminación de privilegios y de trabas a la actividad económica creyó ver siempre la base del desarrollo material del país. Otros elementos que definen el programa progresista tienen que ver con las características del cuerpo electoral, al que conciben en proceso de progresiva ampliación, excluyendo siempre, claro está, a los sectores sociales más desfavorecidos, desconocedores, como decía Olózaga, de sus propios intereses y, por lo tanto, completamente ignorantes de los intereses de la comunidad en su conjunto. La descentralización administrativa, sobre todo en materia municipal, ha sido otro de los cimientos del progresismo durante el siglo XIX. Por otra parte, especialmente interesante es el recurso a la revolución como mecanismo de acción política lícito siempre y cuando se den circunstancias que vulneren la legalidad constitucional. Para el autor, esta estrategia supone el mantenimiento en los progresistas de las viejas herencias del liberalismo exaltado. Sería muy prolijo extenderse en estas páginas en la descripción completa de la ideología sustentada por el progresismo español, de ahí que se recomiende la lectura del capítulo tercero, en la que el autor, centrado en los primeros años de la actuación política de Sagasta, nos acerca al bienio progresista desde las ideas y desde las realidades y proyectos llevados a cabo en este periodo de gobierno del sector más audaz del liberalismo español.

Los grandes desafíos para el progresismo van a venir de la mano del Sexenio. Será en estos años cuando Sagasta se vea en la tesitura de jugar sus bazas para construir un régimen político que parecía escorarse hacia donde los progresistas más temían: el republicanismo. La muerte de Prim fue el detonante de la crisis de un grupo político que no consiguió estabilizar un régimen que Sagasta concebía como una alternancia de poder en el seno de una monarquía parlamentaria. La crisis de la monarquía de Amadeo fue también la crisis del progresismo, que se vio superado en lo ideológico y hundido en lo político por la separación entre los seguidores de Sagasta (los llamados constitucionalistas, más conservadores) y los de Ruiz Zorrilla, más radicales y con contactos con los demócratas. Esta fractura pondría fin al denominado “progresismo histórico”.

Siempre se quedan en el tintero de una reseña la multitud de cuestiones y matices que los autores se esfuerzan por recoger para convertir su trabajo en una obra sólida. El caso que nos ocupa no lo es menos. Ollero nos insiste en aspectos de gran interés como la cuestión de la libertad religiosa, el papel de la prensa como elemento de agrupación, adoctrinamiento y agitación política, el significado del iberismo, etc.; aspectos que aquí no han sido tratados por falta de espacio, pero que contribuyen a dibujarnos un certero panorama de la cultura política progresista, así como a reflejarnos la trayectoria vital de uno de los principales personajes de nuestra polí-

tica decimonónica. Sin embargo, no sería justo dejar de mencionar el empeño del autor por hacer compatible la amenidad en el relato con la seriedad académica, algo que no tiene por qué ser impracticable en un trabajo histórico, y que en el caso de las biografías resulta más factible y agradecido que en otro tipo de estudios. Gracias a este empeño de José Luis Ollero, la vida de Sagasta se nos hace más real, se engarza en el paisaje de su tiempo y adquiere un marco de comprensión más amplio.

Raquel SÁNCHEZ

COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa María: *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen franquista, 1936-1950*, Granada, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada, 2005, 450 pp.

«¿Fascismo contra democracia?», se preguntaba Clara Campoamor en *La Revolución Española vista por una republicana*. «No, la cuestión no es tan sencilla. Ni el fascismo puro ni la democracia pura alientan a los dos adversarios», entre otras cosas porque «los pueblos, como los individuos, debido a las prohibiciones de la naturaleza, acaban a veces, a través de crisis crueles, creando sus propios organismos de defensa contra los elementos convertidos en dañinos». Aquí está la clave. Últimamente, sin embargo, y a raíz del fenómeno de la memoria histórica que tanto está oscureciendo el conocimiento histórico de nuestro ayer, parece que han retornado con fuerza en ciertos ámbitos los tiempos en los que todo fue *blanco o negro*, olvidándose así que la Historia, como la vida misma, estuvo siempre repleta de claroscuros, de tonos grisáceos que tan difícil y complejo hacen al historiador la reconstrucción de aquel pasado. Ahora bien, éste no es el caso de los autores de este libro que comentamos, de ahí que la publicación de esta obra sea ya de por sí un motivo de satisfacción.

El punto de partida, pues, debería ser qué entendemos por democracia. Porque dependiendo de cómo afrontemos esta cuestión así serán nuestras respuestas. Es más, tampoco sería baladí cuestionarnos si esa democracia republicana, que tantos hoy día vuelven a hacer suya, sería capaz de pasar el filtro democrático que caracteriza a las democracias occidentales actuales, máxime cuando muchos parecen ponerla al mismo nivel. Cierto es que durante los años 30 del pasado siglo hubo muchos a la derecha que no creyeron en ella, que intentaron destruirla y que, al fin, lo consiguieron. Si bien, tampoco es menos cierto que la izquierda tampoco se vio libre de aquellos sectarismos, laborando muchos de sus miembros sobremanera en la destrucción de aquella República.

Sin tener claro todo esto, por tanto, no hay Historia; sin tener presente que en aquel tiempo faltaron demócratas nunca podremos entender porqué el régimen que surgió de aquella guerra concitó el apoyo de tantos españoles y evolucionó de la forma en que lo hizo. Porque, efectivamente, recorriendo las páginas de este libro podremos comprobar cómo frente a las teorías tradicionales que siguen insistiendo en la vuelta —de la mano del general Franco— de las élites tradicionales anteriores al 14 de abril de

1931, nos encontramos con un régimen y unas instituciones que desde el primer momento buscaron y consiguieron el apoyo no sólo de aquellos sectores tradicionales, sino también de una amplia amalgama de ciudadanos, entre los cuales se encontraron, como ponen de manifiesto los autores, muchos españoles pertenecientes a los estratos más populares del país. Por eso, nos parece muy acertada la reconstrucción con la que los profesores Cobo Romero y Ortega López inician este libro: aquellos tiempos que siguieron a las elecciones de febrero de 1936, la evolución política que se siguió en la Andalucía Oriental durante aquellos meses que siguieron al triunfo del Frente Popular son la guía indispensable para todo lo que seguirá después.

Así, manejando unas fuentes de todo tipo, casi inabarcables, acompañan la narración, intensa en algunos momentos, con una multitud de datos y cuadros sumamente reveladores de lo que estuvo ocurriendo durante aquellos meses de revolución y guerra. La violencia política de la izquierda, los ataques contra los sectores sociales tradicionales, pero también contra los iguales que habían sido embaucados por las ideas contrarrevolucionarias, los expolios contra lo que consideraban propiedades burguesas (en muchas ocasiones, sin embargo, reducidas a un pequeño terruño de tierra o incluso a algún que otro animal), el anticlericalismo incendiario, la saña con la que muchas víctimas fueron torturadas y asesinadas, en las páginas del libro que nos ocupa vuelve a retratarse lo que la historiografía de otros países ha mostrado ya en las obras que se ocupan del ascenso del fascismo en Europa: el miedo, ese sentimiento cuya poderosa acción explica, como bien mencionan los autores, por qué una conjunción interclasista de españoles acabó apoyando al régimen franquista y a cuanto éste llevaba aparejado.

Porque no nos llamemos a engaños: ese miedo no supo de clases ni de luchas sociales ya que a todos acabó afectando. Así, por ejemplo, lo muestra uno de los completísimos cuadros con los que los autores acompañan el texto, donde puede apreciarse el efecto que tuvieron las purgas de la izquierda revolucionaria: de 1.368 asesinatos en la provincia de Jaén y 1.024 en la de Granada, 518 y 455 correspondieron, respectivamente, a los sectores más amenazados (propietarios, labradores o industriales). Aunque igual de llamativo, si cabe, fue el hecho de que aquella violencia revolucionaria acabó afectando, en claro mimetismo con los comportamientos revolucionarios de corte soviético, a aquellos miembros de las capas trabajadoras de los que hablábamos antes, considerados malos camaradas ajenos al dogma y, por tanto, enemigos de la revolución. Las cifras aportadas hablan por sí solas: fueron tantos los muertos entre los trabajadores que en ocasiones, como en la provincia jienense y en clara consonancia con lo acaecido en otras zonas de la retaguardia republicana, como en el caso de la zaragozana estudiado por Ledesma Vera, fue muy superior al experimentado por otros colectivos —profesionales liberales, comerciantes, religiosos, militares o miembros de las fuerzas de orden público— aparentemente más proclives a sufrir la violencia de aquella izquierda revolucionaria española. No fue casualidad, por tanto, que miles de trabajadores, impulsados por ese miedo y atraídos igualmente por las propuestas de regeneración nacional acabaran afluyendo a las milicias y organizaciones sublevadas. De manera que una magnífica reconstrucción de partida para apoyar en ella todo lo que será la arquitectura posterior de los capítulos siguientes.

Gracias a esto, los profesores Cobo y Ortega no se dejan llevar por típicos clichés, abriéndose así un amplio abanico de posibilidades que, sin duda, irán dando

nuevos frutos en los años venideros. Unos resultados que en esta obra se concretan en un completo retrato de la Falange que surge de la guerra civil, de un falangismo convertido en el principal pilar del régimen franquista en sus primeros años; en un pormenorizado análisis de los ayuntamientos, de las diputaciones, de los gobiernos civiles, de la Iglesia, así como del personal político que acompañaba a los facciosos con el que consiguen demostrar, sin lugar a dudas, cómo a los sectores tradicionales del bando sublevado se sumaron gentes que nunca antes habían pertenecido a los partidos políticos anteriores al 18 de julio y que, entonces, como bien recalcan Cobo-Ortega, entraron a formar parte de las nuevas instituciones, en clara consonancia con las ideas antirrepublicanas y antidemocráticas que abanderaron aquéllos que el 18 de julio se alzaron contra la República.

La razón, los mismos autores nos la exponen: agresión a las más firmes convicciones ideológicas, alteración radical de los modos de vida, tanta fue la imprudencia y la irresponsabilidad de aquella izquierda revolucionaria que muchos se mostraron «verdaderamente aterrados ante el avance experimentado por las organizaciones políticas y sindicales de izquierda y el cariz que adoptaba la conflictividad huelguística rural y urbana a medida que transcurría la efímera existencia del régimen de la II República. Muchos de ellos, en respuesta a los acontecimientos que se sucedieron en la vida política española después de las elecciones de febrero de 1936, conectaron claramente con las propuestas de destrucción, violenta si fuese necesario, de la experiencia democrática republicana». Luego es indudable lo sugestivo de la tesis mantenida en esta obra.

No obstante, los autores no detienen aquí su estudio, puesto que todo lo anteriormente mencionado es completado, con la minuciosidad demostrada a lo largo de toda la obra, con un completo y en ocasiones desbordante análisis de las condiciones sociales, así como de la evolución económica que nos permiten afirmar que esta obra y los enfoques que en ella se plantean deberán ser considerados como una aportación fundamental dentro del panorama historiográfico actual, de tal manera que el libro que nos ofrecen los profesores de la Universidad granadina deberá ser tenido muy en cuenta por todos aquéllos que, de ahora en adelante, se ocupen de la evolución que siguió la dictadura del general Franco en las tierras del Sur de España.

José Antonio PAREJO FERNÁNDEZ

BERNECKER, Walther L. y BRINKMANN, Sören: *Kampf der Erinnerungen. Der Spanische Bürgerkrieg in Politik und Gesellschaft 1936-2006*, Nettersheim, Verlag Graswurzelrevolution, 2006, 377 pp.

No cabe duda de que la memoria de la guerra civil y del franquismo se haya revelado, en los últimos años, el tema-estrella del mercado editorial y del sistema de la comunicación; en tal sentido resulta interesante considerar el juego de contrapuntos y referencias que une el plano historiográfico y el político del debate público sobre el pasado. Frente a una problemática tan delicada como la relación de una sociedad con sus conflictivas memorias, la reflexión epistemológica acerca del binomio historia/me-

moria a menudo ha tenido que abastecerse de un alcance directa o indirectamente político, con el fin de contraponerse a los abusos de la memoria más patentes.

Esta actitud –no falta de los riesgos que conlleva cada involucración del discurso historiográfico en el campo de los medios de comunicación– ha vuelto a plantear el problema de la función social del historiador y del papel que desempeña la disciplina histórica en la lucha por la imagen del pasado. En efecto, desde el libro pionero de Paloma Aguilar la historiografía española ha seguido enfrentándose a esta cuestión de manera muy fecunda, asentándose en el cauce de una discusión acerca de las consecuencias de un pasado que no pasa sobre la calidad de la relación entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativas.

Y una interesante y exhaustiva recapitulación de las batallas acerca de la memoria de la guerra civil ha sido recientemente llevada a cabo por dos hispanistas, Walther Bernecker y Sören Brinkmann, naturales de un país, Alemania, en donde la controversia sobre los pasados que no pasan fue, en los años ochenta, contundente. El libro –que empieza con un largo resumen de las causas y los avatares de la guerra civil y de la represión en la guerra y la posguerra– hace un recorrido a través de las imágenes, los significados y los símbolos que contrasignaron los discursos acerca de la contienda a lo largo de la dictadura y la democracia.

El enfoque elegido por los autores privilegia –según enseña el propio subtítulo–, el nivel de la política y el de la sociedad, enlazando de manera eficaz los dos ámbitos; tal vez el carácter más valioso de la obra estriba en el intento de aportar una visión unitaria y homogénea del conjunto de procesos en que consistieron las diferentes reelaboraciones públicas de la guerra civil, así dibujando el cambiante perfil de la sociedad española a partir de su difícil relación con un pasado traumático.

En la estela de las fundamentales observaciones de Maurice Halbwachs y Jan Assman acerca de la función social de la memoria, Bernecker y Brinkmann se dedican a rastrear los caminos sinuosos de las políticas del recuerdo a lo largo de los distintos contextos socio-políticos de la España contemporánea: he aquí entonces las páginas sobre los lugares de la memoria de los vencedores –Belchite, el Alcázar de Toledo, el Valle de los Caídos– y sobre la iconografía del poder franquista, con un análisis puntual de los mecanismos de la propaganda y de la estética de la victoria. En tal sentido me parecen muy convincentes las consideraciones acerca de la manera en la que los recursos audio-visuales –los documentales del NO-DO y las películas de propaganda– fueron utilizados por el régimen para consolidar sus cimientos ideológicos.

Así pues el bosquejo de la geografía simbólica y de los mitos fundacionales del estado franquista nos proporciona el mapa de la memoria histórica de la España franquista, utilizando múltiples fuentes y recursos para diseñar la topografía de los recuerdos colectivos de los vencedores de la guerra civil. Y aún más interesante resulta, hoy en día, la parte del libro dedicada a un período –las últimas tres décadas– todavía objeto de polémicas muy fuertes. La partición cronológica –1975-1980, 1980-1996, 1996-2004– permite asistir a los diferentes talantes de la sociedad española frente a su pasado, además de recorrer el debate público y la interrelación entre las varias esferas.

Bernecker y Brinkmann analizan así la forma en la cual se desarrolló la Transición, examinando de manera crítica los conceptos, no siempre historiográficos, acuñados para definir el papel de la memoria de la guerra civil y del recuerdo de los

derrotados en el contexto político y social de aquella época: pacto de olvido, pacto de silencio, amnistía, amnesia, consenso. Es por lo tanto sugestivo seguir a los autores en su búsqueda de los lugares, los tiempos y la modalidad de la progresiva emersión de la memoria de la contienda en la cultura y los medios de comunicación, hasta su actual, multiforme hegemonía.

Se trata, pues, de una obra dotada de una sólida armazón historiográfica, pero también de una sutil sensibilidad cultural, en donde la riqueza de las informaciones ofrecidas se acompaña a la lucidez del relato; por eso sería en mi juicio de esperar una rápida traducción al castellano, que la devolviera al centro de la controversia, política, pero también histórica e interpretativa, de la que arrancaron sus autores cuando decidieron investigar las huellas dejadas por un acontecimiento tan dramático y las sombras que éste continúa proyectando sobre nuestro presente.

Fabrizio COSSALTER

SOUZA, Ismara Izepe de: *Solidariedade internacional. A comunidade espanhola do Estado de São Paulo e a Polícia Política diante da Guerra Civil da Espanha (1936-1946)*, São Paulo, Fapesp, 2005, 278 pp.

En los años 30, por primera vez, los inmigrantes españoles en Brasil se hacen visibles y adquieren relevancia en la vida política y social de su país de acogida. La proclamación de la República y la Guerra Civil en España, y el inicio de la era Vargas y de la dictadura del *Estado Novo* en Brasil, sacaron del anonimato a la colonia española y dieron otro sentido –un sentido político– a lo que significaba ser español. A pesar de ello, nos encontramos ante una década que prácticamente no ha sido estudiada, en primer lugar, por ser un periodo de transición entre la emigración en masa de principios de siglo y la segunda oleada iniciada en los años 50, en el que se produce un desplome del flujo migratorio. En segundo lugar, porque Brasil no se destacó, como sí hicieron México o Argentina, en el apoyo dado a los republicanos durante la guerra, ni en la acogida de exiliados al finalizar el conflicto. Y finalmente, porque esta antigua colonia portuguesa ha sido hasta ahora la gran olvidada de la historiografía especializada, a pesar del medio millón de españoles que la escogieron como lugar de destino migratorio.

Ismara Izepe de Souza acaba con este vacío y reconstruye la movilización de los españoles residentes en el Estado de São Paulo durante la Guerra Civil, así como su actividad durante los primeros años del gobierno de Franco. El libro está dividido en tres amplios capítulos bien estructurados, en los que se pone de manifiesto el profundo conocimiento que posee la autora de la documentación custodiada por las sociedades españolas y, sobre todo, de los registros policiales producidos por el *Departamento Estadual de Ordem Política e Social de São Paulo* (DEOPS). El resultado es convincente, tanto por el empleo de fuentes en buena medida inéditas, como por la capacidad de análisis de las mismas demostrada por Souza, que evita en todo momento las simplificaciones y los preconceptos, lo que no resulta nada fácil en temas tan controvertidos como este.

El primer capítulo aborda la fragmentación de la comunidad española durante la guerra centrándose en el papel desempeñado por distintas organizaciones de corte político, como los Centros Republicanos o las ramificaciones de la Falange en América. Delaciones a la policía, divergencias y conflictos internos dentro de una misma entidad, son prueba para la autora de que la Guerra Civil se reprodujo, a pequeña escala, en una parcela de la colonia española asentada en São Paulo. La complejidad de la historia que Ismara Izepe de Souza intenta desentrañar, se refleja en la gran variedad de aspectos abordados en este apartado que van desde el apoyo de la Iglesia al bando nacional hasta el papel de la prensa escrita, pasando por la participación directa de los inmigrantes en el conflicto a través de las Brigadas Internacionales. Sin embargo, quizá lo más interesante sean las dificultades que los españoles encontraron a la hora de buscar la ayuda de sus representantes, pues la diplomacia, más que cualquier otra cosa, se vio violentamente afectada por la guerra. La autora trata con sumo cuidado este tema, reflejando fielmente la inestabilidad de las legaciones españolas y los enfrentamientos, no siempre ideológicos, que se produjeron en ellas.

El segundo capítulo se ocupa de la ambigüedad con la que el Gobierno brasileño trató el problema español. Oficialmente, Brasil optó la neutralidad en la Guerra Civil y mantuvo, casi hasta el final, las relaciones diplomáticas con la República. Sin embargo, Vargas no ocultó su simpatía por el bando nacional, con el que poseía afinidades ideológicas evidentes (sobre todo la lucha contra el comunismo) y su gobierno dio un apoyo tácito a los rebeldes desde el primer momento. Además, la policía política, encargada de velar por el buen comportamiento de la población, convirtió a los españoles pro-republicanos en sospechosos habituales, a pesar de la contradicción que suponía detener, interrogar y encarcelar a alguien por defender lo que teóricamente era un gobierno amigo. El paroxismo anticomunista y la tendencia a identificar a los republicanos con “rojos” hizo que los inmigrantes españoles vivieran en un clima de permanente inseguridad. Un recorte de prensa procedente de un periódico sospechoso, asistir a una conferencia o comprar una papeleta para una rifa benéfica, eran pruebas suficientes para llevar a un español a la cárcel o para decretar, de acuerdo a las leyes de seguridad nacional, su expulsión del país. Es precisamente la cuestión de los españoles expulsados en este periodo la que Souza trata con más profundidad, recurriendo para ello a las fuentes orales que en este caso proporcionan un contrapunto interesante a los documentos de tipo policial.

Finalmente, y como epílogo necesario, el último capítulo se ocupa del franquismo y el antifranquismo posterior al conflicto, descubriéndonos un aspecto tan poco conocido como la protección, por parte de los representantes españoles en Brasil, de los intereses alemanes y japoneses durante la Guerra Mundial o la actividad de la *Associação Brasileira de Amigos do Povo Espanhol* que culminó con la paralización del puerto de Santos durante varios meses en 1946. Al extender el marco temporal hasta los años 40 Ismara Izepe de Souza otorga una continuidad imprescindible al texto, que no sólo le aporta coherencia, sino que además asienta las bases para comprender la evolución posterior de las relaciones diplomáticas entre España y Brasil.

Quizá el único reproche que se le puede hacer a esta magnífica obra, sea la falta de atención que se da a las fuentes españolas, lo que nos priva de la visión que tenía

el Gobierno español de la actividad de sus inmigrantes, así como de los esfuerzos de la República por mantener su autoridad en medio de la confusión de la guerra. A pesar de ello, al tratarse del primer trabajo serio existente sobre el tema, merece el reconocimiento de haber abierto un camino, lleno de dificultades metodológicas, eso sí, a futuras investigaciones sobre los inmigrantes españoles en el Brasil de entre-guerras.

Esther GAMBÍ GIMÉNEZ

TERMIS SOTO, Fernando: *Renunciando a todo. El régimen franquista y los Estados Unidos desde 1945 hasta 1963*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005, 243 pp.

Los estudios relativos a las relaciones entre España y los Estados Unidos a lo largo del siglo XX, y sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial, pasan por un momento bastante floreciente dentro del ámbito universitario español. Este auge comenzó ya antes de 2001, pero se ha visto impulsado significativamente como consecuencia del giro que ha experimentado la política exterior norteamericana después de los hechos del 11 de septiembre. Por otra parte, son varias las vertientes de los vínculos hispano-estadounidenses que han despertado el interés de los historiadores. La más tradicional es aquélla que, a partir del pionero estudio publicado por Ángel Viñas en 1981 (*Los Pactos Secretos de Franco con los Estados Unidos*, Barcelona, Grijalbo), ha procurado desgranar los componentes político-estratégicos de la interacción Madrid-Washington, tomando como punto de referencia los Pactos de 1953. La senda desbrozada por este autor tuvo su continuación en otros estudiosos españoles y extranjeros atraídos tanto por los elementos fundacionales de la conexión entre el régimen de Franco y Norteamérica –Boris Liedtke, Álvaro Jarque Íñiguez– como por su evolución a partir de la década de 1950 –Eduardo Marquina, Rosa Pardo-. Una tarea que remató el propio Viñas en el año 2003 con un nuevo libro que resumía el período 1953-1996 (*En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González*, Barcelona, Crítica). Por otra parte, las consecuencias para la economía española del nexo inaugurado en 1953 ha servido de base a diversas investigaciones. En este sentido, el grupo de trabajo constituido por los profesores Núria Puig y José Luis García-Ruiz lleva varios años publicando balances referentes a la penetración en España de diversas compañías estadounidenses, así como a la difusión por territorio peninsular de los modelos empresariales gestados en los Estados Unidos. Asimismo, no han faltado quienes han procurado desvelar las claves culturales del acercamiento hispano-estadounidense. Antonio Niño y Lorenzo Delgado han reconstruido las redes de intercambio cultural, educativo y científico abiertas entre España y los Estados Unidos a lo largo de todo el siglo XX. Un problema que les ha llevado a conectar con los programas de diplomacia pública puestos en práctica por Washington a partir de la Segunda Guerra Mundial. Asimismo, no han faltado quienes se han atrevido a tratar académicamente algunas vertientes del polifacético fenómeno de la americanización, como Pablo León a través del cine o Daniel Fernández mediante el análisis de las reacciones contrarias a la penetración del *American Way of Life*. En cual-

quier caso, se trata de tres facetas –política, económica y cultural– de un mismo asunto, cuya relevancia ha quedado atestiguada en las páginas de esta misma revista, gracias a la aparición el año 2003 de un dossier conmemorativo de los “50 años de relaciones entre España y los Estados Unidos”.

Dentro de este conjunto, el libro de Fernando Termis, fruto de una tesis doctoral leída el año 2000 en el Departamento de Historia Contemporánea de la UNED y dirigida por el desaparecido Javier Tusell, se inserta en la línea más clásica de monografías focalizadas en las facetas político-estratégicas de la relación bilateral. Aunque el marco cronológico de este estudio arranca de 1945, su eje central lo constituye el tratamiento del período que medió entre los acuerdos de 1953 y su primera renegociación, culminada diez años después. Así, tras la introducción, el capítulo II se dedica fundamentalmente a efectuar un repaso de las causas que tras la segunda gran guerra forzaron a Washington a abandonar sus recelos hacia el régimen español, y sustituirlos por una política de acercamiento que las necesidades defensivas de Europa Occidental convertían en aconsejable. No obstante, las prevenciones norteamericanas y la pervivencia entre las democracias del Viejo Continente de sentimientos contrarios a la dictadura franquista, llevaron a los Estados Unidos a tratar de limitar en la mayor medida posible el alcance de sus compromisos con España. La asistencia militar y económica a ésta debía reducirse a lo estrictamente necesario para asegurar el correcto funcionamiento de las bases. Las ayudas al ejército español estarían dirigidas estrictamente a la creación de las infraestructuras necesarias para que el personal militar norteamericano pudiera llevar a cabo sus tareas satisfactoriamente. De igual manera, la cooperación financiera quedaría destinada primordialmente a evitar un eventual colapso del sistema económico hispano, que pudiera poner en peligro la presencia estadounidense en la Península. En el otro polo, las pretensiones del staff franquista al concluir los convenios hispano-norteamericanos eran otras muy distintas. Los acuerdos debían constituir el primer paso tanto para la rehabilitación internacional de España, así como para su modernización militar y económica.

La disparidad entre la posición estadounidense y los anhelos españoles marcó los contactos Madrid-Washington a lo largo de los mandatos de Eisenhower y Kennedy. Una discrepancia que sirve a Termis para matizar la política de “amistad estable” que los dos gobiernos habían inaugurado supuestamente en 1953. De esta manera, los capítulos III y IV –que se corresponden respectivamente con los dos cuatrienios de “Ike” en la Casa Blanca– buscan desgranar las tensiones que surgieron entre España y los Estados Unidos durante el resto de la década de 1950. Tres son los focos de desacuerdo que el autor se esfuerza por subrayar en su narración. El primero de ellos poseía una naturaleza estrictamente estratégica o militar. Los dirigentes españoles se dieron cuenta muy pronto de la pobreza de la ayuda material y financiera que Norteamérica tenía pensado prestar a sus ejércitos. Frente a esta realidad, las autoridades franquistas pusieron todo su empeño en aumentar la cuantía de esa asistencia. Para ello sustentaron sus demandas en el supuesto peligro asumido por España como consecuencia de su incorporación al sistema de defensa occidental. Abriendo sus puertas a las instalaciones estadounidenses, el gobierno de Madrid había perdido toda posibilidad de quedar al margen de una posible agresión soviética, y exigía estar militarmente preparado para resistirla con posibilidades de éxito. En segundo lugar, los dirigen-

tes franquistas pusieron todo de su parte para convertir el reducido auxilio económico estadounidense en un programa que se acercase en la mayor medida posible a lo que había sido el Plan Marshall para las naciones del oeste europeo. El tercero de los obstáculos que condicionaron el devenir de las interacciones que nos ocupan fue paralelo a los crecientes problemas de España en relación con sus posesiones en el Norte de África, plasmados en la guerra de Ifni y el proceso de independencia marroquí.

En ninguno de estos casos consiguió España lo que se proponía. Washington nunca estuvo dispuesto a ir más allá de su objetivo inicial de asociar estrictamente la asistencia a la milicia española con los requerimientos que planteaba la pervivencia de las bases. Económicamente, España comenzó a recibir la ayuda económica norteamericana cuando el Congreso y el gobierno de los Estados Unidos estaban reduciendo y cortando los programas de auxilio económico que habían puesto en marcha tras la guerra. Tal circunstancia, unida también a la escasa voluntad por parte norteamericana de ampliar el montante del concurso económico otorgado a los españoles, hicieron que la ayuda no creciera al ritmo deseado por Madrid. No obstante, los Estados Unidos pudieron aprovechar la dependencia española respecto de su cercenada colaboración financiera para forzar a la economía del país peninsular a emprender la senda liberalizadora simbolizada por el Plan de Estabilización. Por su parte, la frustración hispana en relación con las dificultades surgidas en el Norte de África vino marcada, entre otras cosas, por los deseos de los Estados Unidos de no enajenarse la amistad del futuro régimen marroquí, que estaba destinado a regir los destinos de un área igualmente vital para la seguridad del Mediterráneo occidental. En este caso, las limitaciones con que se encontró el gobierno llegaron al punto de verse obligado a abstenerse, en sus campañas africanas, del uso de las armas recibidas de Norteamérica. Una restricción que formaba parte de las condiciones pactadas en los acuerdos hispano-estadounidenses.

El fracaso de España en la consecución de lo que se proponía tras los convenios de 1953 llevó al régimen franquista a tratar de endurecer posturas a la hora de emprender su renegociación con la administración Kennedy, demandando mayores garantías de seguridad y más compensaciones económicas (capítulo V). Sin embargo, ante la continuada resistencia norteamericana a suscribir estas mejoras los españoles se vieron en la necesidad de tener que elegir entre la conservación de lo que ya tenían, por escasa que les pareciese, o la vuelta a una situación de aislamiento cuyas implicaciones resultaban imprevisibles. Finalmente, la prórroga de los pactos firmada el 26 de septiembre de 1963 apenas supuso, en el terreno práctico, ninguna variación sustancial de lo estipulado diez años antes. Con todo, la sumisión española lleva a Termis a entrar en el debate en torno al papel que cabe conceder a los Estados Unidos a la hora de dar cuenta de la perduración en el tiempo del régimen franquista. En este terreno, afirma que “era definitivamente inevitable que la cooperación con el franquismo significara (...) cierto grado de identificación de los Estados Unidos con el régimen franquista y su fortalecimiento tanto en el ámbito externo como interno” (p. 228). Las peculiares características de esta conexión, a ojos del autor, estarían en la base del sentimiento antiestadounidense que parece acumular más fuerza en España que en cualquier otro país de Europa Occidental.

Aparte de las matizaciones que pudieran hacerse a las aseveraciones recién mencionadas, son varias las reflexiones que nos sugiere la lectura de la obra que aquí comentamos. Llama poderosamente la atención la circunstancia de que la totalidad del

estudio se dedique exclusivamente al tratamiento de cuestiones político-estratégicas, lo que convierte la narración en una ampliación de hechos cuyos aspectos más importantes ya se conocían a través de otros trabajos. Es cierto que los problemas relativos a la seguridad y la defensa constituyen frecuente el pilar más importante de las relaciones interestatales, y así ocurría en el caso de la política exterior estadounidense a lo largo de la Guerra Fría. Sin embargo, también es verdad que los gobiernos no sólo se mueven llevados por objetivos estratégicos. En su agenda no faltan nunca cuestiones relativas a contenciosos comerciales, financieros, culturales o ideológicos, cuya relevancia dentro de los contactos hispano-estadounidenses ha sido puesta de manifiesto por algunos de los autores que señalábamos al principio.

En particular, la colaboración entre la administración norteamericana y el mundo de los negocios a la hora de poner en práctica determinadas iniciativas de política exterior constituye todavía un importante tema de debate dentro del mundo académico de los Estados Unidos. En el libro de Tervis aparecen varios indicios que entrever una conexión entre la acción de aquéllos hacia España y los diversos intereses económicos y que aquél pasa por alto. Así, en la página 93 se cita un informe que recogía los objetivos de la acción económica estadounidense en el exterior, y cuyo epígrafe número 2 hacía referencia al “fomento de las inversiones de capital privado en el extranjero, dando facilidades tributarias y garantías”. Un propósito que en el caso de España se tradujo en diversos esfuerzos por anular las leyes franquistas que restringían la participación de empresas foráneas en la economía española. De la misma manera, al enumerar los componentes del *lobby* que trabajó desde finales de los años cuarenta en territorio norteamericano para procurar un acercamiento a España (p. 22), se menciona la presencia de diversos productores algodoneros procedentes de los Estados del sur. Unos grupos cuyas motivaciones eran eminentemente mercantiles, dado el histórico papel de la industria textil peninsular como compradora de algodón estadounidense. En otro orden de cosas, este trabajo ignora el papel otorgado a las políticas de información y propaganda dentro de los diseños estadounidenses en relación con España. La trascendencia de esta faceta de la estrategia norteamericana se hace patente al revisar la lista de oficinas que intervenían en el *Operations Coordinating Board*, el organismo interdepartamental que estuvo dotado de la misión de revisar las directivas de seguridad nacional para España, y fue responsable de la redacción de la NSC 5418/1. Entre sus componentes se encontraba la *United States Information Agency*, bajo cuya supervisión quedaban colocadas las actividades de intercambio cultural y científico promovidas por el gobierno americano.

Por último, al igual que una parte de los historiadores que han considerado los vínculos políticos entre Norteamérica y el régimen de Franco, Tervis se ha dejado llevar por la relevancia de los caracteres que adquirieron éstos a partir de la década de 1950 para eclipsar cualquier alusión tanto a los precedentes de la política exterior de Washington, como al estado de las relaciones bilaterales antes de la guerra civil. Dicha omisión se hace notoria a la hora de referirse a la variante marroquí de los contactos España-Norteamérica. Aunque una vez más la Guerra Fría y la dinámica descolonizadora constituyeron variables que tiñeron el contencioso con nuevos matices, un repaso a la política tradicional de Norteamérica con respecto al sultanato norteafricano hubiera ayudado a clarificar aún más las posiciones de la administración Eisenhower. Y es que no puede olvidarse el papel que había jugado

Marruecos desde finales del siglo XIX en los designios de la política exterior de los Estados Unidos, que hizo del territorio alahuí un baluarte para su defensa de los principios de *Puerta Abierta*. Una línea política que durante las décadas de 1920 y 1930 había ocasionado además no pocos roces entre Madrid y el Departamento de Estado, al resultar imposible conseguir de los Estados Unidos, antes de 1936, un reconocimiento oficial de la zona española del protectorado. Desde este punto de vista, es bastante menos complicado caracterizar el amargo sabor que dejó en los baluartes franquistas la incapacidad de conseguir para su política africana el respaldo del país rector del bloque occidental.

José Antonio MONTERO JIMÉNEZ

VILAR, Juan Bautista: *La España del exilio. Las emigraciones políticas españolas en los siglos XIX y XX*, Madrid, Síntesis, 2006, 495 pp.

El nuevo libro del catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Murcia, Juan Bautista Vilar, se presenta como una síntesis que trata de exponer los procesos de migración que ha sufrido la población española entre principios del siglo XIX y 1939. Como el mismo autor señala, el ensayo se centra especialmente en la emigración por razones políticas, tan frecuentes en la convulsa historia de nuestro país entre las fechas señaladas. Vilar, conocido especialista en esta cuestión por sus trabajos sobre las migraciones españolas al norte de África, ha procurado combinar las referencias de otros autores con sus propias aportaciones con el objetivo de describir un panorama lo más amplio posible de los exilios españoles en distintos ámbitos geográficos y por las más dispares razones, siendo las políticas las más frecuentes, pero sin olvidar las emigraciones por motivos religiosos. En este asunto, y en particular en las disidencias protestantes en España, es también el autor un acreditado experto, como demuestra su trabajo *Intolerancia y libertad en la España Contemporánea. Los orígenes del Protestantismo español actual* (Madrid: Istmo, 1994).

El libro se articula en doce capítulos que abarcan distintas facetas del tema de análisis, precedidos de una introducción en la que Vilar precisa los aspectos teóricos y conceptuales de la materia a la que se enfrenta. Allí se nos comentan cuestiones que se habrán de tener en cuenta a la hora de acercarse a estos procesos del exilio como son las razones y duración de la emigración, las características sociales, políticas y personales del emigrado, la relación con el país de acogida o el papel que los expatriados han jugado en la renovación cultural en su retorno a España, sin olvidar la labor desempeñada como agentes de modernización en algunos de los países en los que recibieron asilo, como fue el caso de muchos intelectuales españoles en el sur y el centro de América. Otro aspecto de interés que nos comenta Vilar en esta introducción es el relativo a las fuentes. Como es de suponer, la dificultad que entraña estudiar un fenómeno como el que se nos va a describir, implica la consulta de multitud de archivos, revistas, periódicos, memorias, etc., que siempre habrán de ser filtrados por el historiador. Esta tarea, fundamental en cualquier trabajo de tipo histórico, es más urgente en un asunto como el exilio político, teñido de rencores y amarguras.

Los primeros capítulos se centran de las consecuencias que para España tuvieron los sucesos de Francia en 1789. El cierre de fronteras y la vida de los emigrados políticos en el país vecino ocupa un primer capítulo en el que José Marchena ejerce un papel destacado, aunque no se olvidan otros personajes, tal vez de segunda fila, pero cuyas trayectorias reflejan distintas actitudes ante los desafíos que planteó la Revolución Francesa. Penetra después el autor en la Guerra de la Independencia para describirnos el exilio de la familia real, con sus rencillas e intrigas cortesanas, lo que nos sirve para entender muchos de los problemas que se suscitarán a la vuelta de Fernando VII a España. Resulta de agradecer, a este respecto, que el autor no haya olvidado estas otras facetas del exilio, pues habitualmente estamos acostumbrados a que, al hablarnos de la emigración política se nos haga referencia únicamente a los políticos, conservadores o liberales, y a los intelectuales y artistas, pero no a otros individuos, como los ya mencionados disidentes religiosos o como los personajes la familia real. Como más adelante se verá, Vilar también se ocupa en este libro del destino de los pretendientes carlistas y su corte errante. La inclusión posterior de los deportados a Francia, así como la mención en el capítulo tercero, de los afrancesados, contribuye a pintar un cuadro que se completa con la primera emigración liberal.

En el exilio de Vilar establece una distinción entre la emigración afrancesada y la liberal. Ambas, aun coincidiendo en el tiempo, presentan unas disimilitudes que van más allá del matiz y que supusieron que bastantes afrancesados se encontraran en condiciones (o necesidad) de regresar a España antes de 1820 para incorporarse en muchos casos a la administración del estado fernandino, favoreciendo la modernización de éste. Los liberales, por el contrario, eran conscientes de que la renovación del sistema político habría de llegar mediante una ruptura del mismo y su reconstrucción sobre unas nuevas bases. En este contexto juega un papel de primera magnitud quien puede ser considerado uno de los grandes intelectuales españoles, y no sólo del siglo XIX, sino de la época contemporánea en conjunto. Hago referencia a José María Blanco White, cuya compleja trayectoria personal, política y religiosa es viva imagen no sólo de la situación española, sino de la cambiante Europa de su tiempo.

De la segunda emigración liberal, la que comienza en 1823, se ocupa el autor en el capítulo quinto. Conocidas son las peripecias de los españoles en Inglaterra gracias al libro de Vicente Lloréns *Liberales y románticos*. La principal aportación de Vilar a este respecto es la descripción de las actividades (en especial las culturales) de los emigrados en los Estados Unidos, que podemos ampliar gracias a las referencias bibliográficas en las que el autor nos remite a los trabajos de Mar Vilar, conocida especialista en las relaciones culturales entre España y los Estados Unidos en el siglo XIX.

La muerte de Fernando VII abre una nueva época en la historia de España, nueva época no exenta de conflictos internos, como muestra el surgimiento del problema sucesorio y el inicio de la primera guerra carlista. El capítulo sexto está dedicado precisamente a las tribulaciones de la familia carlista en el exilio, focalizado en Francia y en el norte de África. Será precisamente de este segundo destino del que el autor nos proporcione datos menos conocidos, pero de gran interés para ampliar el espectro de referencias sobre la vida política española, y no sólo con respecto al

exilio carlista, sino, como se puede comprobar en la lectura de esta monografía, de otros exilios posteriores. A medida que Francia vaya consolidando sus posiciones en Argelia, este territorio será destino obligado para los emigrados españoles. Lo mismo cabe decir del tratamiento que hace el autor de las emigraciones durante la época de Isabel II, periodo extremadamente rico en este tipo de acontecimientos.

El periodo previo a la Guerra Civil es tratado por Vilar en dos capítulos que recogen el Sexenio revolucionario, la Restauración y la Segunda República. En estos dos bloques se estudia de forma sucinta, pero clara y con rigor, a los disidentes carlistas, cantonalistas, republicanos, anarquistas, socialistas, así como el exilio de la propia familia real en 1931. Resulta interesante descubrir cómo se formaron las redes de relaciones y contactos entre los emigrados y cómo éstos se comunicaban con sus correligionarios del interior para comprender esta otra faceta de la política española de la época.

Los tres últimos capítulos están dedicados a la emigración de la Guerra Civil, el último gran exilio político español. Por supuesto, se producirán rupturas y marchas forzosas a lo largo de la dictadura, aunque nunca llegarán a alcanzar las dimensiones del de 1939. El propio autor señala que hemos de considerar esta emigración como “un éxodo de magnitud sin precedentes” en nuestra historia, tal vez sólo comparable a la marcha de judíos y moriscos en la Edad Moderna. Por otra parte, y como es sabido, durante los años cincuenta y sesenta tendrá lugar en España otra gran emigración, pero esta vez será de carácter económico, con unos componentes claramente definidos. En estos tres capítulos el autor trata de presentar un balance de la cantidad de personas que tuvieron que huir de España, ardua tarea que ha procurado llevar a cabo a través de los datos proporcionados por estadísticas confeccionadas por los organismos encargados de la evacuación, por estudios recientes y por sus propias estimaciones. El amplio abanico de los rumbos emprendidos por los españoles exiliados se completa con la diversidad de desafíos a los que tuvieron que hacer frente en función de varios factores, entre los que se encuentran la edad y la preparación profesional del exiliado, la naturaleza del país de acogida, la trayectoria personal y la ideología política de los afectados. Los destinos son, a grandes rasgos, los mismos que en ocasiones anteriores: Francia y sus colonias norteafricanas y Gran Bretaña. A ellos se unirán la Unión Soviética, para un perfil específico de emigrados políticos; y los países del centro y del sur de América, entre los cuales destaca sobre todos los demás el México de Lázaro Cárdenas. En América, los españoles se tuvieron que enfrentar a las dificultades que les planteaban algunos regímenes dictatoriales simpatizantes de Franco, lo que obligó a muchos de ellos a trasladarse a entornos menos hostiles. El caso de México es el paradigmático. México se convirtió en un hogar para muchos de los intelectuales y políticos españoles del exilio, así como para otros muchos profesionales que pudieron rehacer su vida a pesar de las dificultades que pudieron encontrar con la antigua colonia española, de talante más conservador. Puerto Rico fue otro de los principales centros de acogida de los intelectuales españoles, siendo el caso de Juan Ramón Jiménez el más famoso. Destaca el autor el papel modernizador que ejercieron los españoles exiliados en muchos de estos países del sur y centro de América, pues, como es sabido, entre los exiliados se encontraban destacadas figuras de la medicina, el derecho, la filosofía o el arte. Ellos, en colaboración con los intelectuales locales, consiguieron dar un gran impul-

so al pensamiento y a la ciencia en América. Este capital humano es, precisamente, el que perdió España. Recuperarse de ese desastre ha costado muchos años y mucho dinero a nuestro país, aunque desde algunas instancias se quiera hacer hincapié en la continuidad para así relativizar el páramo intelectual que fue el franquismo.

El libro del profesor Vilar se completa con una amplísima y actualizada bibliografía en la que el interesado podrá encontrar referencias para profundizar en aquellos temas de su interés; una bibliografía que se ocupa tanto de las fuentes primarias como de los trabajos de especialistas. Asimismo, es de destacar el índice de nombres que aparece al final del libro, instrumento de gran utilidad para el estudioso, y que los autores deberían ofrecer a sus lectores con más frecuencia.

En definitiva, lo que va a encontrar el lector en *La España del exilio* es una amplia síntesis de los procesos de emigración política española en la época contemporánea. El libro tiene la ventaja de que puede resultar atractivo para el lector común por su lenguaje ágil y ameno y por la variedad de temas que se tratan. Del mismo modo, para el lector especializado esta monografía habrá de convertirse en una referencia obligada por la atención que se presta a entornos menos conocidos, a personajes poco tratados, así como por la extensa bibliografía que presenta en profesor Vilar, que sirve de orientación para búsquedas específicas.

Raquel SÁNCHEZ

CHAPUT, Mari-Claude, MARTÍNEZ-MALER, Odette y RODRÍGUEZ LÓPEZ, Fabiola (Eds.): *Maquis y guerrillas antifranquistas. Historia y representaciones*, Publidix, Université de Paris X-Nanterre, 2004, 238 pp.

Este trabajo recoge las aportaciones a las jornadas y mesas redondas celebradas en Francia en 2002 por el Centro de Investigaciones Ibéricas e Iberoamericanas de la Universidad de París X – Nanterre (CRIIA) y la Biblioteca de Documentación Internacional Contemporánea (BDIC) con el apoyo del Instituto Cervantes en torno al tema de las guerrillas antifranquistas –como les gusta llamarlas a quiénes las protagonizaron y a algunos investigadores– o *maquis* –término con el que muchas personas conocen o han estudiado este fenómeno—. El trabajo está codirigido por Marie-Claude Chapat, en representación de la primera instancia, como responsable, junto a Bernard Sicot, del Seminario “Historia y Memoria” del Departamento de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos de dicha Universidad, seminario que crease allá por 1990 el profesor Jacques Maurice, y que se centraba precisamente en 2002 en el tema “Resistencias y Exilios” (en la actualidad funciona como un “Grupo de investigación”, abreviadamente GREX). Junto a ella Odette Martínez-Maler y Fabiola Rodríguez López aparecen como conservadoras de la BDIC.

Esta obra colectiva se despliega en tres partes: “Historia”, “Memoria” y “Ficción”, con un interesante anexo documental –con fragmentos de las memorias del guerrillero Manuel Zapico, fallecido el mismo año que el libro veía la luz-, fotográfico y bibliográfico, con una significativa información sobre los fondos sobre el maquis con que cuenta la BDIC . En la parte de “Historia” se combinan estudios sobre la

resistencia antifranquista en el medio rural y un cierto estado de la cuestión –a cargo de Mercedes Yusta Rodrigo, autora de una tesis sobre las guerrillas en Aragón, pero que trabaja en la universidad francesa–, la visión de la prensa francesa de las guerrillas –Natacha Lillo, en situación similar– y la de la española –Marie-Claude Chaput– y por último un estudio sobre los *enlaces* –los apoyos en la frontera francesa de los guerrilleros– a cargo de Eliseo Trenc. La parte de “Memoria” está consagrada a la visión de los supervivientes de esa época y se centró en una mesa redonda con antiguos guerrilleros como el citado Manuel Zapico, Francisco Martínez o Julián Ramírez, todos con memorias bien ya publicadas, bien inéditas, dirigida ésta por Geneviève Dreyfus-Armand, autora de una importante tesis sobre el exilio español a Francia. Por último, la parte “Ficción” rescata el mundo de las representaciones literarias, especialmente las novelescas, con un análisis de lo que podríamos empezar a llamar la literatura sobre las guerrillas –o *literatura del maquis*– a cargo de Jean Tena y Georges Tyras –sobre novelistas como César Gavela o Julio Llamazares– y con la presencia del escritor valenciano Alfons Cervera, como novelista especialista en este tema –con su trilogía sobre las guerrillas valencianas–, que aparece como analizado y como analista a un tiempo.

A mi entender esta obra colectiva combina así tres aspectos fundamentales intrínsecamente unidos: en primer lugar es una demostración de la importantísima tarea que desempeñan un selecto grupo de hispanistas franceses para la recuperación de la memoria histórica de la represión franquista durante y posterior a la guerra, las resistencias que generó el franquismo dentro y fuera de España y la discusión sobre el papel de Francia como santuario y lugar de acogida de dicha resistencia o por el contrario su tibio y escaso apoyo a dicha causa, incluido el exilio republicano. Esto resulta un tema de gran interés en el país vecino pues muchos de estos hispanistas son herederos directos de algunos de estos resistentes, descendientes de exiliados o emigrantes y poseedores de lazos familiares y/o sentimentales que los ligan de alguna manera a la causa de los perdedores –p. ej., Odette Martínez-Maler es hija del antecitado Francisco Martínez, antiguo guerrillero de León–. Por otra parte, el hispanismo francés, en buena parte por el motivo antedicho, combina las preocupaciones meramente históricas con las culturales, atendiendo de una manera singular a las fuentes literarias acerca de la resistencia, la represión y el exilio. Por ello se acercan al fenómeno de las obras de ficción que se publican en España sobre estos temas, fenómeno en auge y una muestra más del creciente interés por estos temas que tienen las nuevas generaciones, y al que los historiadores españoles, quizá por problemas de diatribas domésticas, probablemente no le prestan tanta atención. Por ello, esta obra dedica más de un tercio de sus páginas a los aspectos literarios de la recuperación de la memoria. Pero junto al ya mencionado Alfons Cervera se homenajea a Dulce Chacón –autora de *La voz dormida*, evocación literaria de las “trece rosas”–, que falleció (2003) en el ínterin entre la celebración de dichas jornadas y la publicación definitiva de esta obra.

Esto último nos aporta el segundo aspecto fundamental al que nos referíamos más arriba: la tarea de rescate de los condenados al olvido en el que parte de la historiografía francesa y española se encuentra envuelta en el tema particular de los derrotados por la Guerra Civil española. Este tema de la recuperación de la memoria histórica de los derrotados fue preterido en España durante los años de la transi-

ción democrática y la década larga de los gobiernos socialdemócratas de Felipe González por un largo pacto de silencio, pero la polémica sobre la restitución de la dignidad de los defensores de la República se ha ido agudizando a partir de los años noventa, con todo su contenido político, que es innegable, y todo el revisionismo que conlleva de la visión del presente: pues en definitiva afirmar que la democracia española actual no procede del franquismo sino que es una restauración de su legítimo precedente, el régimen republicano, puede romper de hecho –sino de derecho– con las “leyes de punto final” de la transición. El revisionismo crece en urgencia porque como esta obra pone de manifiesto muchos de los posibles receptores de los beneficios de esta revisión histórica están desapareciendo físicamente de forma muy rápida. En este sentido en el libro hay múltiples alusiones a los problemas que existen en España para restituir la imagen de los antiguos “bandoleros” y “terroristas” y convertirlos en “guerrilleros” y “resistentes”, problema arduo pues en España subsiste el terrorismo de E.T.A., que también enlaza con la resistencia antifranquista.

Esta historiografía que podríamos llamar “de combate”, o como dice uno de los que aquí intervienen, “guerrilla por la memoria”, tiene un tercer aspecto fundamental desde mi punto de vista, que trasciende la historia de España e incluso la de Europa, como es el inevitable y arduo rescate del punto de vista de los derrotados de la Historia, los que según algunos enfoques “evolucionistas” o simplemente oportunistas, no tenían razón, o parafraseando el texto que nos ocupa, “les vaincus ont toujours tort” (cita de Jean Cassou, “los vencidos siempre tiene la culpa”), argumento muy usado desde los tiempos de Herodoto y punto de vista que ha conducido precisamente a otro tipo de siniestras tesis revisionistas sobre la Guerra Civil española, convirtiendo a las víctimas en verdugos. Desde el punto de vista europeo y francés la denuncia del silencio pone el dedo en la llaga –y esta obra lo hace de forma singular– del abandono internacional de la República española, el desprecio y mal trato en ocasiones de las autoridades francesas hacia los exiliados españoles, su complicada integración, la amnesia de las democracias ante el régimen de Franco a partir de 1945 y la ocultación del papel de los guerrilleros españoles en la Resistencia francesa –papel que comenzó a reivindicarse tímidamente, en paralelo con España, a partir de los años noventa–.

En definitiva, un libro valiente e imprescindible para los que no desprecian la historia del mundo actual, la historia de los perdedores y en definitiva la función social de la historia, que en este caso se encamina a devolver voz y presencia pública a aquellas personas a los que las vicisitudes políticas se las arrebataron, creando una nueva imagen de ellas en el recuerdo colectivo.

Francisco SÁNCHEZ PÉREZ

SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Esther M.: *Rumbo al Sur. Francia y la España del desarrollo, 1958-1969*, Madrid, CSIC, 2006, 470 pp.

Los trabajos sobre relaciones internacionales llevan bastante tiempo experimentando una evolución que ha apartado a la disciplina del enfoque eminentemente polí-

tico y estatocéntrico propio del Realismo Clásico. De entre las vías a través de las cuales se produjo esta renovación podemos destacar dos: la ampliación de los temas de la agenda estatal susceptibles de merecer la atención de los estudiosos y la consideración de un creciente número de actores internacionales. Ambas facetas tuvieron una importante repercusión en el ámbito de las interacciones económicas. De una parte, se hizo evidente que la política exterior de muchos gobiernos otorgaba un papel preeminente a la promoción de la riqueza interna a través del fomento de las exportaciones o de las inversiones en el extranjero. Unos esfuerzos para los que se ponían en marcha recursos y medios específicos, totalmente distintos de los que regían en negociaciones concernientes a problemas estratégicos, culturales o de cualquier otro tipo. Por otro lado, no se pudo dejar de lado la labor de una multitud de agentes económicos cuyas redes sobrepasaban los límites fronterizos y que tenían en las grandes corporaciones su manifestación más completa. Diplomacia económica y empresas multinacionales se convirtieron así en objetos de trabajo específicos para los científicos sociales. Éstos prestaron también una atención particular a los vínculos y la colaboración entre las autoridades estatales y los actores económicos. En nuestro país dichos temas han atraído fundamentalmente la atención de economistas, quienes han desarrollado investigaciones en tres áreas: las bases sobre las que se sustentaba la acción económica exterior de los gobiernos; las relaciones comerciales de España con otros Estados; y el devenir de diversas empresas multinacionales afincadas en la Península Ibérica. Sin embargo, quedan aún importantes caminos por recorrer, entre los que ocupa un lugar de preferencia el análisis de las conexiones exteriores que subyacían al desarrollismo español iniciado a finales de la década de 1950. Es ésta una tarea que ha comenzado a interesar a distintos historiadores, caso de Núria Puig en lo relativo a los contactos hispano-norteamericanos, o de la autora del libro que nos ocupa, Esther M. Sánchez, en el de los hispano-franceses.

En *Rumbo al Sur* podemos encontrar la mencionada combinación entre las actividades propias de la estrategia gubernamental en el terreno económico y las maniobras de empresas interesadas en invertir en el extranjero. El punto de partida de la obra lo marca la política exterior aplicada durante la segunda presidencia de Charles de Gaulle (1958-1969). El general y sus ministros se mostraron constantemente preocupados por situar a su nación en una posición internacional de preeminencia que les permitiera actuar con voz propia e independientemente de los criterios marcados por los Estados Unidos y la Unión Soviética. Esta línea de acción no careció de una vertiente financiera, caracterizada por el deseo de ver crecer la presencia de productos y empresas galas en otras naciones (capítulo 1). Una tarea que en lo relativo a España se vio facilitada tanto por el giro experimentado en la actitud de Francia hacia su vecino peninsular durante los años anteriores, como por el relajamiento de los corsés autocráticos propios del primer franquismo. La política de París hacia la Dictadura de Franco fue poco a poco descargándose de los condicionamientos ideológicos que habían motivado en 1946 el cierre de la frontera franco-española. La animadversión hacia el régimen instalado en Madrid dio paso a visiones mucho más pragmáticas, que se materializaron desde finales de la década de 1950 en la colaboración hispano-gala para contener la acción de los grupos independentistas en sus respectivas zonas de influencia norteafricanas, así como en una mayor disposición de los ejecutivos parisinos a controlar a los disidentes franquistas instalados en terri-

torio francés (capítulo 2). Por otra parte, el fracaso de las disposiciones aislacionistas arbitradas por España durante los años cuarenta y cincuenta, unido a las presiones aperturistas tanto de los Estados Unidos como de los organismos económicos internacionales en los que el país iba ingresando –OECE, FMI, Banco Mundial, etc.–, llevaron al arbitraje de los procedimientos liberalizadores del Plan de Estabilización de 1959. Una estrategia que no logró prevenir la pervivencia de numerosos residuos nacionalistas, ni acabó con las formas tradicionales de hacer negocios en la Península, donde primaban más los contactos personales que criterios como la solvencia o la eficacia. Asimismo, tras el cambio experimentado por la política exterior española tras la firma de los pactos hispano-estadounidenses de 1953, Madrid comenzó a abrir más sus puertas a la colaboración con otros gobiernos de su entorno, procurando contrarrestar así el excesivo peso que estaba adquiriendo Norteamérica en todas las facetas de la acción exterior española (capítulo 3).

La Francia de De Gaulle no dudó en sacar provecho de todas estas circunstancias, poniendo en práctica diversos mecanismos al objeto de intensificar la llegada de productos y capitales franceses más allá de la frontera pirenaica. Tales líneas de acción exhibieron bien a las claras dos fenómenos característicos: la colaboración entre los sectores público y privado a la hora de afrontar la expansión exterior y la conciencia gala de tener que adaptar sus tácticas a las peculiares circunstancias de la organización económica hispana. De esta manera, los franceses promovieron diversos encuentros personales entre altos dirigentes de Francia y España, que tuvieron su punto de arranque el mes de octubre de 1959 con la reunión entre los ministros de Asuntos Exteriores Castiella y Couve de Mourville, aprovechando el trescientos aniversario de la Paz de los Pirineos. De otro lado, se alentó la presencia de empresas y productores francos en las diversas ferias y exposiciones de índole comercial que se celebraron en España a lo largo de la década de 1960. Una tarea que gozó de su momento culminante con ocasión de la celebración en el Madrid de 1964 de la Primera Exposición de la Técnica Francesa, y para la que los intereses particulares franceses contaron con la ayuda logística del *Comité Permanent des Foires et Manifestations Économiques*, dependiente del Ministerio de Economía y Finanzas. A la hora de asegurar la difusión de la tecnología francesa, se procedió asimismo a la formación de técnicos españoles, ya fuera mediante su desplazamiento a Francia, o trasladando ingenieros y expertos de aquélla a la Península Ibérica. En la promoción de estos programas tuvieron un peso considerable organismos como la *Association pour l'Organisation des Stages de Techniciens Étrangers dans l'Industrie Française* (ASTEF), incrustada también en el organigrama del Ministerio de Economía y Finanzas. Por último, destacó el papel de diversas instituciones oficiales y privadas dedicadas al fomento de los intercambios bilaterales. Algunos existían desde tiempo atrás –caso de los servicios gubernamentales de expansión económica o las Cámaras de Comercio– y otros se establecieron *ex profeso* para aprovechar la coyuntura favorable de los sesenta –la Asociación Hispano-Francesa de Cooperación Técnica y Científica, el Comité franco-español de Cooperación Industrial, etc. (capítulo 4)–.

A un nivel general, los resultados de todos estos esfuerzos fueron considerables, aunque no cubrieron las expectativas que los conciudadanos de De Gaulle habían concebido. En el campo de las relaciones comerciales, los recursos del proteccionismo español, consistentes en altos aranceles y el establecimiento de cuotas a la im-

portación, supusieron un obstáculo cada vez menos oneroso para los exportadores franceses. A partir de 1963, la renovación anual de los acuerdos mercantiles hispano-galos se efectuó de manera casi automática, propiciando que los flujos comerciales se incrementaran de los 4.530 millones de pesetas de 1958 a los 22.780 de 1969. Con todo, tanto en el capítulo de las importaciones como en el de las exportaciones españolas, Francia quedó siempre rezagada con respecto a los Estados Unidos y la República Federal Alemana. Menos espectaculares fueron los resultados en relación con la inversión directa francesa en España. Las cifras variaron considerablemente según los años, desde los 1.435.127 dólares de 1961 hasta los 13.467.480 de 1967. Cantidades muy lejanas a las movilizadas por los empresarios norteamericanos, que en los mismos años colocaron en España 24.506.500 y 59.368.870 dólares respectivamente. En total, durante los sesenta Francia aportó alrededor de un 7% de la inversión extranjera en España, frente al 10% de la RFA y el 21% de los Estados Unidos. Las estadísticas oficiales parecen indicar que los galos tuvieron más éxito en la cesión de sus tecnologías, a juzgar por el número de contratos de explotación de patentes firmados con empresas españolas: 214 entre 1964 y 1969, por 371 de los Estados Unidos y 367 de la Alemania Federal. Con todo, los movimientos de mercancías, dinero y técnicas nos proporcionan un perfil meramente parcial, que resulta necesario completar con el estudio de la circulación de personas entre ambos países. Tanto los turistas franceses como los emigrantes españoles ejercieron un rol esencial en el campo de las relaciones mutuas, ya fuera por su influencia como movilizadores de divisas o por su potencial papel como dinamizadores de la sociedad franquista. Francia fue el país que más visitantes envió a España durante los años que se consideran, proporcionando a ésta unos ingresos que permitieron equilibrar el déficit que arrojaba su balanza comercial con la nación vecina. Por su parte, las tierras francesas constituyeron uno de los principales destinos para los trabajadores españoles que decidían buscar su sustento en el exterior. A pesar de que algunas características de la emigración hispana —como su temporalidad— se transformaron en trabas para lograr una perfecta integración, el contacto de los obreros con la realidad laboral francesa no pudo dejar de provocar algún efecto duradero en la mentalidad de unas gentes habituadas a los estrechos márgenes por los que discurría la vida bajo el régimen de Franco (capítulo 5).

El estudio de algunos casos particulares resulta obligado para una mejor captación de la realidad que se escondía bajo las dinámicas que se acaban de presentar. Algunos de los grandes proyectos franceses en España fracasaron precisamente como consecuencia de la magnitud de los objetivos inherentes a la *grandeur* gaullista. Así ocurrió con el protocolo bilateral de noviembre de 1963, que pretendía financiar la adquisición de medios y tecnologías galas por parte de la industria española. Sin embargo, ninguna organización pudo beneficiarse de esta línea de préstamo. El acuerdo estaba concebido para apoyar sólo grandes operaciones que pocas empresas hispanas estaban dispuestas o en condiciones de soportar. El prestigio también pudo más que las consideraciones prácticas cuando Francia emprendió una ardua campaña en los años sesenta para lograr que su sistema de televisión a color —el SECAM— fuese adoptado por el mayor número posible de países europeos, incluida España. Sin embargo, el gobierno de París fue poco a poco perdiendo la batalla frente al sistema PAL alemán, que el gobierno franquista acabó también incorporando en las

primeras emisiones regulares a color de TVE a partir de 1973. Asimismo, los esfuerzos de las petroleras francesas *Compagnie Française des Pétroles* y *Union General des Pétroles* por hacerse con la concesión para instalar refinerías en España chocaron con los inevitable obstáculos de la competencia norteamericana, mucho más implantada, o de la opción nacionalista representada por las empresas del INI. Lo máximo que logró la CFP fue la firma con una empresa del consorcio público español de un contrato de suministro petrolífero que prevenía la venta a España de 30 millones de toneladas de petróleo bruto entre 1970 y 1980 (capítulo 6).

Ahora bien, no todo fueron derrotas. Algunos de los grandes iconos de la industria francesa lograron sacar adelante sus proyectos en España a lo largo de esos años del desarrollismo. Para ello se valieron tanto de su experiencia sobre el terreno como de una adecuada manipulación de los especiales resortes de la administración española. Ambas armas permitieron al gigante del vidrio *Saint Gobain* aumentar su volumen de negocio de 879,5 a 4.594,4 millones de pesetas entre 1959 y 1969. Por su parte, la automovilista Renault, cuya presencia en Madrid se remontaba al año 1908, abrió en 1953 su primera planta de montaje en la Península. La idea partió de Manuel Jiménez-Alfaro y Nicolás Franco, que mediante la creación de FASA y un convenio con la empresa francesa se hicieron con los permisos para la fabricación de coches en Valladolid. Sin embargo, al cabo de unos años la dirección de Renault en París comenzó a hacerse con el control directo de su concesionaria hispana, a la par que crecía exponencialmente el volumen de negocio de la marca en España, donde las cifras fabricación pasaron de 3.221 a 479.347 automóviles en el período 1953-1970. Por otra parte, la planta vallisoletana acabó convertida en un gigante económico que acaparó más del 40% de los puestos de trabajo generados en la actual capital castellano-leonesa durante la segunda mitad de los años sesenta. Diferentes fueron las circunstancias que derivaron en la construcción de la central nuclear hispano-francesa de Vandellós, que entró en funcionamiento en 1972 mediante la aplicación de tecnología francesa proporcionada por la corporación estatal *Electricité de France*. En este caso, la implantación del reactor tampoco fue fruto de la superioridad de los métodos nucleares franceses, que eran claramente desventajosos con respecto a los ofrecidos por Norteamérica. Por el contrario, la construcción de la central tarraconense respondió a consideraciones de índole meramente política. Para mantener su prestigio Francia necesitaba que sus técnicas gozasen de una difusión internacional lo más amplia posible, en tanto que España estaba como casi siempre a la búsqueda de medios con los que contrarrestar el enorme peso en su economía y su política exterior de los Estados Unidos (capítulo 7).

Esta amplia panorámica que encontramos en el estudio de Esther Sánchez revisita una significación que va más allá del campo estricto de las relaciones hispano-francesas. En primer lugar, a lo largo de sus páginas podemos constatar la pervivencia en la España franquista de muchos de los condicionantes a los que se había visto sometida la inversión extranjera durante la mayor parte del siglo XX. Así, las tácticas aplicadas por las corporaciones galas fueron en muchas ocasiones las mismas que arbitraron en los años veinte empresas foráneas —como la *International Telephone and Telegraph* o la *Ford Motors Co.*—, a la hora de aprovechar las oportunidades ofrecidas por la Península Ibérica: creación de filiales sometidas a la legislación

española, asociación con grupos financieros locales, etc. En segundo lugar, el libro resulta un buen punto de partida para establecer interesantes comparaciones entre los métodos expansivos aplicados por los países europeos y los propios de la mayor potencia económica del momento: los Estados Unidos. Tanto en el Viejo Continente como en Norteamérica existió una estrecha colaboración entre los entes públicos y los agentes corporativos. Sin embargo, en el caso francés la mayor tradición intervencionista del Estado convirtió a éste en un potente empresario, impidiendo separar claramente los objetivos políticos de los fines económicos. Por el contrario, en los Estados Unidos ambas esferas gozaban de límites más definidos, haciendo más fácil que en caso de discrepancia los líderes gubernamentales y los entes financieros pudieran abordar su agenda de manera independiente. Por último, la monografía aquí considerada ayuda a derrumbar un puntal más de mito excepcionalista que ve en España un capítulo aparte dentro de la acción internacional de las grandes potencias. Como señala la propia autora: “Los responsables de la política económica francesa no elaboraron ninguna fórmula específica de actuación en España. Aplicaron las medidas generales de su acción exterior, aunque, eso sí, adaptándolas, rectificándolas o completándolas en función de las características del mercado ibérico” (p. 397). Tales son, en definitiva, algunas de las muchas ideas que puede aportar la lectura de un trabajo como *Rumbo al Sur*, a cuya lista de méritos es obligado añadir la claridad expositiva y la facilidad comunicativa propias de la investigadora que lo firma.

José Antonio MONTERO JIMÉNEZ

FARRÉ, Sébastien, *La Suisse et l'Espagne de Franco. De la guerre civile à la mort du dictateur (1936-1975)*, Lausanne, Antipodes, 2006, 486 págs.

Sebastián Farré, profesor de la Universidad de Ginebra, presenta en este libro una historia de las relaciones (políticas, económicas, y en menor medida sociales y culturales) entre España y Suiza, tomando como fronteras cronológicas las del régimen franquista. El trabajo puede estructurarse en cuatro etapas: la primera, de 1936 a 1942, aborda la contribución de Suiza a la victoria y consolidación en el poder del bando sublevado en la guerra civil española. La segunda examina el paréntesis de distanciamiento entre los gobiernos suizo y español ocurrido entre 1942 y 1948/49. Las dos últimas etapas, mucho menos extensas y desarrolladas que las anteriores, se centran, respectivamente, en el apoyo de Suiza al proceso de integración occidental de España de 1950 a 1959, y en la intensificación de los intercambios económicos bilaterales de 1959 a 1975.

La guerra civil española fue un acontecimiento de alcance internacional con un eco creciente en la política de las grandes potencias. En Suiza, como en otros muchos países europeos, España, que hasta entonces había sido una potencia de segundo orden, pasó a ocupar un lugar destacado en la agenda diplomática. Pese a su declaración oficial de estricta neutralidad, las autoridades helvéticas realizaron numerosos gestos a favor del bando franquista, que garantizaba, a su entender, orden

y seguridad frente a la amenaza del comunismo. Suiza aspiraba a proteger sus intereses económicos en el mercado ibérico y a obtener un lugar comercial privilegiado en la España de Franco. Esta voluntad se materializó en la contribución al esfuerzo de guerra nacionalista, mediante la concesión de créditos, armas y diversas facilidades logísticas.

Las relaciones entre las autoridades suizas y franquistas fueron especialmente fluidas desde el nombramiento, en 1937, de Bernabé Toca y Pérez de la Lastra como jefe diplomático de la España nacionalista en Berna. Con el apoyo del Eje y de los medios conservadores suizos, Toca llevó a cabo una intensa actividad diplomática (visitas, recepciones, conferencias, etc.), en busca de apoyos para la España franquista. En 1938, las autoridades helvéticas enviaron a Burgos al diplomático Eugène Broye, lo que significaba un reconocimiento *de facto* (el oficial llegaría en 1939) del régimen del general Franco. Pese a todo, el apoyo suizo fue prudente y discreto, por el deseo de conservar el prestigio internacional de su neutralidad y no despertar las iras de una opinión pública sensible a la causa republicana. La diplomacia oficial de la II República en Suiza, paralizada por sus múltiples divisiones internas, apenas realizó ningún movimiento, o por lo menos ninguno de intensidad comparable a los de la diplomacia franquista. Desde 1942, tras las primeras victorias aliadas en la guerra mundial, Suiza adoptó una actitud más reservada respecto a España, sin plantearse en ningún momento la ruptura de relaciones. Ambos países necesitaban entonces limpiar su imagen de cara a los aliados: España había apoyado abiertamente la causa fascista y Suiza había facilitado, más o menos discretamente, las operaciones nazis, con lo que su prestigio de país neutral y democrático, y de ahí su predicamento en el mundo de la posguerra, habían quedado seriamente entredicho. Se produjo entonces entre España y Suiza un cierto distanciamiento político-diplomático, pero no económico, como demuestra la firma de varios acuerdos bilaterales, comerciales y financieros, analizados con detalle en el texto por Sebastián Farré. En los acuerdos comerciales, las exportaciones suizas estaban integradas, principalmente, por manufacturas (relojes, armas, colorantes...), y las españolas por materias primas (piritas, plomo, antracita...). Los acuerdos financieros, en su mayoría concluidos entre el gobierno español y la Société de Banque Suisse, solían contemplar la concesión a los medios económicos españoles de créditos para la compra de mercancías suizas. El exilio de los años de guerra y posguerra constituye uno de los apartados más amplia y profundamente analizados en este trabajo. La colonia de refugiados, poco numerosa en comparación a las de otros países europeos, englobaba a personas de procedencia muy dispar, desde fascistas hasta republicanos, pasando por un grupo de élites catalanas que no profesaban ni el credo nacionalista (español) ni el republicano. Entre los exiliados, se encontraban personalidades de la talla de Manuel Azaña, Josep Tarradellas o Juan de Borbón. La política de asilo del gobierno suizo fue extremadamente restrictiva, en particular con los refugiados republicanos, considerados como una peligrosa fuente de agitación comunista. El gobierno suizo les otorgó alguna ayuda humanitaria, a fin de responder a las demandas de su opinión pública. Pero la generalidad de los refugiados, sobre todo si participaban en movimientos anti-franquistas (PCE y organizaciones afines como Libre Espagne), fueron objeto de una represión sistemática, normalmente en colaboración con la policía secreta franquista. Las relaciones bilaterales se intensificaron en los

años cincuenta, a medida que España afianzaba su proceso de integración occidental. En el ámbito político-diplomático, se sucedieron varias visitas de alto nivel, aunque ningún miembro del ejecutivo federal viajó oficialmente a España durante los cuarenta años comprendidos entre la guerra civil y la entronización del rey Juan Carlos. Las relaciones fueron mucho más fructíferas en el ámbito económico. Las reformas económicas españolas de finales de los años cincuenta (tras el Plan de Estabilización de 1959 y la entrada en los organismos económicos internacionales) recibieron un completo apoyo por parte de las autoridades suizas, aún conscientes de que el abandono del comercio bilateral perjudicaría, al menos en un primer momento, a ciertos sectores suizos de exportación tradicional a España, como la agricultura o la industria textil. Al compás del desarrollo económico español, y en el marco de nuevos acuerdos bilaterales (emigración, comercio, doble imposición...), se intensificaron los intercambios hispano-suizos: creció el comercio, especialmente en el capítulo de las exportaciones suizas a España; crecieron las inversiones, de la mano de filiales como Nestlé, Sandoz, Wintherthur o Helvetia; crecieron las transferencias tecnológicas entre empresas suizas y españolas; y creció el turismo de suizos en España y la emigración de españoles a Suiza, tanto que las divisas que dejaron los primeros y las remesas que enviaron los segundos lograron, junto a las rentas por inversiones, compensar en España los saldos desfavorables de la balanza comercial con Suiza. El excesivo tratamiento otorgado al exilio contrasta con la escasa atención dedicada a la emigración, mucho más numerosa y generadora de efectos de mayor calibre. No en vano Suiza fue, junto a Francia y Alemania, uno de los tres grandes países de destino de la emigración española de los años sesenta. Siguiendo una línea de investigación poco explotada hasta la fecha, Sebastián Farré analiza la movilización política de los emigrantes económicos (“spanische agitation”), los cuales organizaron, ante la preocupación del gobierno federal, numerosas conferencias, manifestaciones y demás actividades contra el régimen de Franco. La preocupación suiza procedía, en buena medida, de la pervivencia, desde la guerra civil, de una imagen simplificada y estereotipada de los españoles como seres impulsivos, pasionales, violentos y por tanto capaces de encender la mecha de un nuevo enfrentamiento armado. Este libro, que viene a confirmar el renovado interés que el tema de las relaciones exteriores de la España franquista ha despertado en los últimos años, actualiza trabajos anteriores y saca a la luz documentación hasta ahora inédita sobre el caso suizo. Su autor describe magníficamente la contribución suiza a la gestación del régimen franquista, poniendo reiteradamente en cuestión la política oficial de neutralidad del gobierno suizo, y demostrando que el franquismo contó en Suiza, como en otros países occidentales, con un amplio abanico de apoyos. Políticos de centro-derecha, intelectuales conservadores, jerarquías religiosas, mandos militares y hombres de negocios apoyaron, directa o indirectamente, a un régimen que les ofrecía, ante todo, garantías de orden y seguridad frente al comunismo. Farré destaca, además, el peso determinante de los móviles económicos en las relaciones hispano-suizas, como evidencia la intensificación de los intercambios económicos incluso en los momentos de mayor reprobación internacional del régimen, así como la contribución de Suiza al desarrollo económico español, especialmente el posterior a 1959. La principal objeción a realizar a este trabajo es, en mi opinión, la evidente asimetría en el tratamiento de los intervalos 1936-1945 y 1946-

1975. El autor dedica 14 capítulos de 18 a analizar, con todo lujo de detalles, las relaciones bilaterales durante la guerra civil española y la segunda guerra mundial, pero trata de forma excesivamente breve y superficial los treinta años transcurridos entre el final de la guerra mundial y la muerte del general Franco. Se echan de menos, entre otras cuestiones, una mayor información estadística sobre los intercambios económicos bilaterales (comercio, inversiones, transferencias tecnológicas, turismo, emigración...); una explicación del papel de Suiza como intermediaria de las inversiones norteamericanas en España; o una identificación de los sectores suizos y españoles más interesados en el establecimiento de relaciones con el otro país, así como las redes de relaciones tejidas entre ellos. Carencias que, no obstante, apenas restan calidad a este trabajo, fruto de una intensa labor de investigación, rico en informaciones, de lectura fácil y sugerente, y con una excelente integración de, por un lado, las relaciones bilaterales y el contexto internacional, y por otro, los elementos políticos y económicos. Un libro que, en definitiva, cumple su doble objetivo de dar a conocer la historia de las relaciones hispano-suizas durante los 39 años de franquismo y animar a seguir avanzando en esta línea investigadora.

Esther M. SÁNCHEZ SÁNCHEZ
(Universitat de Barcelona)

YLLÁN CALDERÓN, Esperanza: *El franquismo (1939-1975)*, Madrid, Marenum, 2006, 174 pp.

Son muchos los libros sobre el franquismo que se han venido publicando en los últimos años. De entre ellos, aquí se va a prestar atención a una pequeña obra de carácter introductorio, que está dirigida a quienes se acercan por primera vez al tema y buscan una exposición de los principales aspectos del periodo. La autora consigue tratar las cuestiones fundamentales de la etapa franquista a través de veintitrés breves capítulos, cuya estructura responde a una hábil combinación de criterios cronológicos y temáticos. Tomando básicamente como conductor el hilo político en el plano interno y en el de la posición internacional del régimen, se va presentando la evolución económica y dando entrada –en pinceladas, no puede ser de otro modo– al análisis de la sociedad española de la época, con especial atención al desarrollo de la oposición. Naturalmente, en una obra de esta naturaleza siempre encontramos aspectos que nos gustaría encontrar tratados con mayor profundidad, pero cabe resaltar como mérito de la obra la forma en que a lo largo de ella se integran los diferentes planos de la explicación histórica. La finalidad didáctica del trabajo está presente a lo largo de todo el libro; por ello, cada apartado está constituido por un texto y un repertorio de materiales tales como fotos, semblanzas biográficas, cuadros estadísticos, o fragmentos escogidos de textos significativos variados: leyes, obras literarias, artículos de prensa, etc. Cuenta, además, con una sucinta cronología, junto a la relación de gobiernos de Franco y una bibliografía ordenada temáticamente.

Se trata de una síntesis clara, de lectura fácil y amena, algo que, no nos engañemos, no significa facilidad de elaboración. La obra, que pretende ser un instrumen-

to útil para estudiantes, no habría sido posible sin la larga experiencia docente que la profesora Yllán pone de manifiesto y que le permite combinar una redacción ágil con la precisión de los análisis. Bienvenidos sean los esfuerzos que se orientan en esta dirección.

Gloria NIELFA CRISTÓBAL